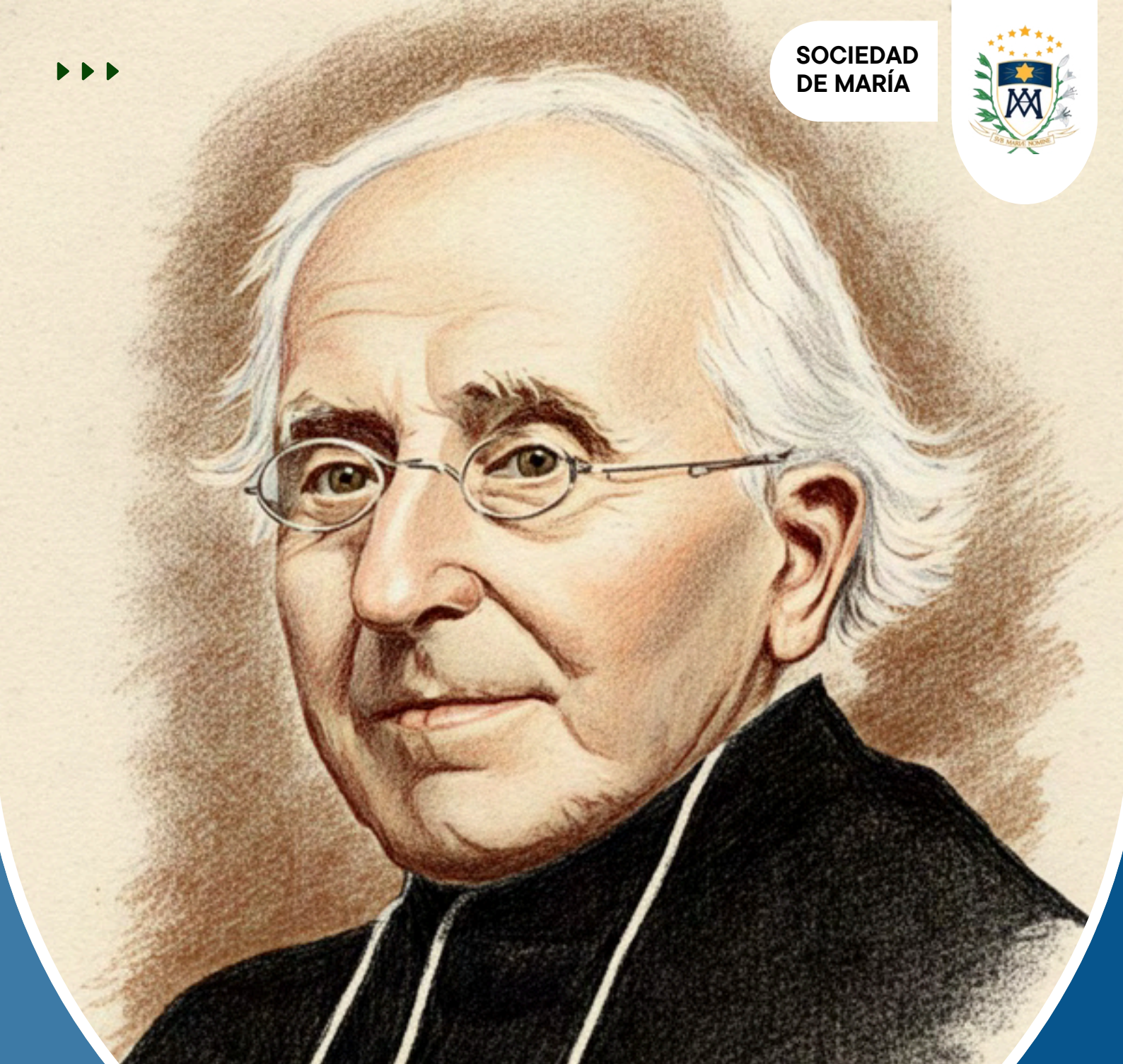




SOCIEDAD
DE MARÍA



«¡ESTO ME CONVIENE!»

(OM doc 819, §9)



**Ayer y hoy, servir a Cristo,
a la manera de María...**

EL CAMINO DE UN FUNDADOR • GUÍA DEL PEREGRINO 2025



ST BONNET LE TRONCY, BARBERY

Martes 11 de noviembre 2025



**«María es ese puerto seguro y siempre abierto de la salvación,
en el que el alma agitada por la marea de las tribulaciones
recupera la calma...»**

APM 241.42

LES BARBERY

Juan-Claudio Colín nació el 7 de agosto de 1790 en Les Barberty, una aldea situada a unos 2 km de Saint-Bonnet-le-Troncy. La casa donde nació ya no existe, pero en 1936 se erigió una cruz para marcar su emplazamiento.

En 1804, Les Barberty contaba con 60 habitantes. El registro parroquial nos indica que el matrimonio entre Jacques Colín y Marie Gonnet, los padres de Juan-Claudio, tuvo lugar el 26 de noviembre de 1771. Jacques tenía 24 años, Marie aún no había cumplido los 14 años.

«Marie Gonnet tenía treinta y dos años cuando dio a luz a Juan-Claudio. Era el octavo hijo que traía al mundo. Claudine era la mayor; a los catorce años, fue elegida para ser la madrina de Juan-Claudio.

Juan, de doce años, iba a ser el padrino. De ahí el nombre de Juan-Claudio para el recién nacido. Le seguían Mariette, de diez años, Sébastien, de ocho, Juana-María, de seis, y Pedro, que aún no había cumplido los cuatro. Una séptima hija, bautizada como Ana-María, había fallecido al nacer, dos años antes del nacimiento de Juan-Claudio. La madre daría a luz a Joseph en 1793, antes de fallecer dos años más tarde. El hogar también contaba con el abuelo paterno, de setenta y siete años, viudo desde hacía nueve años. No hay motivos para pensar que la casa en la que Juan-Claudio nació en 1790 fuera diferente de las casas comunes de Saint-Bonnet: padres trabajadores, hijos que crecían con normalidad.

(G. Lessard sm: «7 de agosto de 1790, en Saint-Bonnet», Forum Novum, diciembre de 1989, p. 10)



Juan-Claudio era, pues, el segundo más joven de una familia de ocho hijos supervivientes. Sus padres poseían y cultivaban una parcela de tierra y, durante el invierno, se dedicaban al tejido para completar sus ingresos. Recordamos que Juan-Claudio quedó huérfano a los cuatro años, tal vez debido a las penurias que sufrieron sus padres por haber dado cobijo a sacerdotes que se negaban a apoyar la Constitución revolucionaria. Su madre y su padre murieron con veinte días de diferencia. Juan-Claudio quedó al cuidado de su tío paterno, Sébastien, y de una institutriz, Marie Echallier. A los 10 años, Juan-Claudio vivía en la ciudad de Saint-Bonnet, donde comenzó su escolarización bajo la tutela de la bondadosa hermana Marthe.

Los alrededores de los Barberys tendrán una influencia determinante en Juan-Claudio. Por encima de la casa se encuentra la colina del Crest, donde le gustaba pasear. Es fácil suponer que este campo contribuyó a desarrollar su profundo deseo de estar «a solas con Dios».

«El padre Colín confió un día que, cuando era muy joven, antes de comenzar sus estudios clásicos, tenía un ardiente deseo de retirarse solo a un bosque, para vivir lejos de este mundo. Como no podía hacerlo, ingresó en el seminario menor de Saint-Jodard» (OM III, doc. 819:7)

El tío de Juan-Claudio era soltero, y los niños se fueron a vivir a su casa en Saint-Bonnet. Se trata de una gran casa cuadrada situada a la derecha de la iglesia. Hasta hace poco, esta casa servía de presbiterio, pero en la época de Juan-Claudio, el presbiterio era la casa situada justo enfrente de la puerta de la iglesia.

Al ser soltero, Sébastien Colín contrató a una ama de llaves para que se ocupara de las tareas domésticas. Esta era una mujer profundamente religiosa, pero que parecía sufrir tensiones y se ponía irritable cada vez que iba a confesarse. Todo ello parece haber contribuido a crear en Juan-Claudio una escrupulosidad que le causaba muchos problemas, así como un profundo deseo de esconderse en el bosque y convertirse en ermitaño. Al mismo tiempo, esta experiencia le haría, más adelante en su vida, sensible y misericordioso hacia las almas atormentadas.

SAINT BONNET-LE-TRONCY

En 1790, Saint Bonnet-le-Troncy contaba con 1 125 habitantes. Hoy en día, la población es de unos 600 habitantes. La iglesia, donde todos los Colín excepto Auguste-Frédéric fueron bautizados, data del siglo XVI. Fue reconstruida en el mismo lugar en 1821, y el campanario se añadió en 1826. Cuando se redactó el libro de quejas para los Estados Generales en 1789, más de la mitad de la parroquia figuraba como «perteneciente a la nobleza y a los privilegiados». El documento no mostraba mucha simpatía por las posesiones del clero, y su resentimiento se manifestó en las luchas religiosas del periodo revolucionario.

El párroco resumió así el estado espiritual de la parroquia en una respuesta al cardenal Fesch: «Todos los habitantes son católicos. La mayoría de ellos acuden a los sacramentos. Son más o menos fervientes en su asistencia a los oficios. El catecismo se imparte con bastante frecuencia... No hay escuela propiamente dicha. Una buena señorita hace lo que puede por enseñar a los jóvenes... La mayoría de los feligreses tienen algunos conocimientos».





En otoño de 1804, Juan-Claudio abandonó Saint-Bonnet para ingresar en el seminario menor de Saint-Jodard. Solo regresaba allí durante las vacaciones y cuando cayó gravemente enfermo en abril de 1809. Fue entonces cuando se llevó la sorpresa de descubrir la codicia de su familia. Mientras parecía estar en su lecho de muerte y su familia pensaba que pronto fallecería, se horrorizó al oír a sus allegados hablar únicamente de su testamento y de lo que iban a recibir tras su muerte. «Cada uno solo pensaba en sus propios intereses.» El médico le recetó un medicamento que, esperaba, lo curaría. Alguien que tenía un interés personal en los bienes de Juan-Claudio intentó disuadirlo de tomar el medicamento, diciéndole que estaba envenenado. Solo las lágrimas de su hermano lo hicieron cambiar de opinión y tomar el medicamento. Entonces se recuperó. (Cf. OM2, 508) Este episodio explica quizá en parte la actitud posterior de Juan-Claudio hacia su familia: «¿La familia? Nunca pienso en ellos. Ni siquiera sé si tengo familia».

Colín regresó sin duda a Saint-Bonnet tras su ordenación, hacia 1819, pero sus visitas fueron escasas a partir de entonces. Durante la Cuaresma de 1843, el padre Maîtrepierre y el padre Poupinel predicaron una misión y se alojaron en la casa de Jean Colín, el abuelo del fundador. Pedro Colín también regresó a Saint-Bonnet el Lunes de Pascua de ese mismo año.

Aquí, en Saint-Bonnet, nos encontramos con algunas de las experiencias más formativas de la personalidad de Juan-Claudio y de su espiritualidad posterior. En particular, el impacto de la pérdida de sus dos padres durante la Revolución y la experiencia de la codicia de su familia tuvieron efectos duraderos en él. Coste escribe:



Y si nos preguntamos: ¿cómo podía ver el mundo un chico así? ¿Qué podía ser el mundo para un chico como él? Podemos decir que el mundo es algo que está en contra nuestra. El mundo ha matado al buen rey cristiano. Ha matado a Dios, que ya no está en la Iglesia. Al Dios que ha sido ocultado. Ha matado a mis padres. Me lo ha quitado todo.

Añadamos a esto su temperamento y su amor por la soledad, que explican la timidez y la introversión de Juan-Claudio Colín. Los verdaderos valores para él serán aquellos que nadie podrá quitarle. Nadie le quitará lo que lleva dentro, ese sentido profundo de lo que llamamos «la vida interior» en el mejor sentido de la palabra.

El padre Mayet escribió: «A primera vista, (Juan-Claudio Colín) parecía ser uno de esos buenos curas de campo, muy sencillo, muy reservado, sin saber dónde replegarse para ocupar menos espacio y, al mismo tiempo, rebosante de bondad. Debo añadir, sin embargo, que se notaba que era un santo, y en cuanto le hablé por primera vez, tuve ese profundo presentimiento en mi corazón: “Este es el hombre que estás buscando”.

INTENCIÓN DE ORACIÓN

Oramos por la gracia de aceptar nuestros orígenes - tanto personales como de la congregación - tal como son; y de verlos como «gracias fundacionales» del proyecto marista, tanto en el pasado como para el futuro. Oramos por un espíritu de confianza en el plan de Dios, que realiza grandes cosas a través de humildes instrumentos, de los que formamos parte.



Larry Duffy sm

Les Barbery



El mundo de hoy es un lugar ambiguo. Se ha avanzado mucho en muchos aspectos, pero, de hecho, muchos viven sin un propósito claro en la vida e incluso sin ninguna esperanza real. Aquí, en este lugar tan rural, tenemos una **sencilla cruz** que marca el lugar de nacimiento de Juan-Claudio Colín, el 7 de agosto de 1790. Hoy en día, él sigue siendo un hombre que ofrece una esperanza real al mundo. Ofrece el evangelio de Cristo de una manera muy atractiva. Sí, el mundo de su época era muy diferente al nuestro: tuvo una infancia marcada por una vida rural sencilla, sin electricidad, sin coches ni trenes; pero lo que más impacta en la vida personal de Juan-Claudio Colín aquí, en Les Barbery, es que su madre, María, aún joven, que se casó con solo 13 años, falleció cuando Juan-Claudio aún no había cumplido los 5 años. Se dice que antes de morir pidió a sus hijos que tomaran a la Virgen María como su Madre. Para el joven Juan-Claudio, esta relación con María era muy real, personal e íntima, y le condujo a un futuro extraordinario.

Así pues, un primer punto a destacar de su infancia y primeros años es el inicio **del profundo aspecto mariano de su vida, que era devocional y se sentía y se vivía con gran intensidad**, lo que más tarde se amplió de diversas formas originales hasta convertirse en una parte significativa de los cimientos mismos de su vida y de su misión, dando forma finalmente a una espiritualidad evangelizadora que tendría un gran impacto, aunque oculto, en la Iglesia en tantos lugares hasta el día de hoy, especialmente en Oceanía, hasta tal punto que el documento que surgió del Sínodo sobre Oceanía, celebrado en noviembre y diciembre de 1998, *La Iglesia en Oceanía*, dedica una sección completa al aspecto particularmente mariano de los pueblos de Oceanía. Al contemplar hoy a nuestro alrededor estos verdes campos y colinas, tan remotos, no podemos sino maravillarnos ante la misteriosa decisión de Dios en la eternidad al elegir a sus siervos.

Un segundo aspecto que influyó profundamente en la misión de Colín fue su **amor por la soledad**, por estar con Dios, a menudo vagando por el bosque detrás de la montaña de Le Crest. Por naturaleza, Juan-Claudio era un niño tímido, de baja estatura y que tartamudeaba al hablar. Sin embargo, solía predicar a los árboles y, a veces, a otros niños. A lo largo de esos años, su vida espiritual se fue profundizando y el Espíritu se movió en su alma gracias a esas horas de soledad con Dios y a la lectura, entre otras cosas. Esto le dotó de una gran sensibilidad hacia el Señor y de un sentido del pecado, hasta el punto de llegar a la escrupulosidad. ¿Podemos ver aquí algunas raíces de la persona profética en la que se convirtió? Tantos santos (por ejemplo, Francisco de Asís, Catalina de Siena y, más cerca de nosotros, San Juan María Vianney) pasaron largas horas en soledad al principio de sus vocaciones proféticas para sumergir sus almas profundamente en Dios. ¿Será demasiado para nosotros ver al joven Colín un poco bajo la misma luz? Sus duras experiencias familiares, su introversión y su «saborear a Dios» [una de sus expresiones favoritas durante toda su vida] le llevaron a desarrollar una fuerte vida interior y a formarse con sólidos valores evangélicos. Como señala Craig Larkin: «Los verdaderos valores para él serán aquellos que nadie podrá arrebatarse. Nadie podrá quitarle lo que es interior, lo que él ha desarrollado». Su misión se estaba gestando, incluso sin que él mismo lo supiera, ya desde muy joven, mientras aprendía a sintonizar con el Señor y con lo que Él quería que él cantara al mundo. A menudo, las grandes misiones se forjan en el silencio, cara a cara con Dios (como señala Hans Urs von Balthasar). Nos canta una melodía que brota de las profundidades de Dios en su interior, una canción de invitación a conocer y servir al Dios amoroso y, luego, a invitar a otros con delicadeza a seguir el camino de María.

Hoy podríamos preguntarnos: ¿qué nos dice esto sobre nuestra propia vida espiritual y nuestra vida en el mundo, especialmente con los teléfonos móviles y las redes sociales, que pueden crear adicción y hacernos cada vez más difícil el silencio y la soledad? Es significativo que, para los Padres Maristas, en las Constituciones de 1872 (n.º 37), se insista en que todos los miembros de la Sociedad examinen asiduamente los movimientos internos del corazón para orientarlos adecuadamente. Esto va de la mano de una vida de oración y reflexión. Sin embargo, en el mundo en que vivimos hoy, con tantas cosas en las redes sociales que reclaman nuestra atención, y a veces incluso las exigencias de la vida moderna que reclaman la misma atención y energía, nos enfrentamos a un gran desafío, especialmente para los laicos, que a menudo tienen tantas responsabilidades. Conseguir algo de silencio en la vida y espacio para la reflexión resulta con demasiada frecuencia muy difícil, pero Colín nos ha dejado un ideal al que aspirar: desarrollar una rica vida interior en la que el Espíritu de Dios nos hable y nos ayude a cumplir nuestra propia misión particular. Y todos tenemos una misión, laicos y religiosos, probablemente no tan espectacular como la de Colín, pero importante para el plan de salvación de Dios, ya que todos somos amados con el mismo Amor Infinito, un amor que hay que anunciar al mundo.



Jean, el hermano mayor de Jean-Claude, trasladó a la familia de Les Barbéry a la localidad de Saint-Bonnet-le-Troncy cuando Juan-Claudio tenía once años. Su casa, como se puede ver, estaba cerca de la iglesia parroquial, a la que el joven Juan-Claudio acudía a menudo para rezar ante la estatua de María. El pequeño Juan-Claudio vivía con la familia y, sin duda, recibía una buena formación humana al convivir día tras día con otros miembros de la familia y con los vecinos. El joven, sin embargo, continuó con su intensa vida espiritual. Se convirtió en un niño muy ascético y solía levantarse a veces por la noche para rezar; su primera confesión regular [ya se había confesado antes, cuando estaba bastante enfermo] fue una ocasión para demostrar su fuerza de voluntad e incluso su terquedad. El nuevo sacerdote de la parroquia no era de su agrado, especialmente por la forma en que llevaba la preparación para la confesión y la primera comunión, por lo que acudió a una parroquia vecina para la preparación, con un esfuerzo considerable por su parte. En esto podemos ver algo de la fuerza de voluntad y la persistencia que le llevaron, desde 1816 hasta 1836, a trabajar por la aprobación de la Sociedad. Detrás de este arduo trabajo para poner en marcha la Sociedad estaba la profunda **convicción de que la Sociedad era obra de Dios y de María y que valía la pena luchar por ella a costa de un gran sacrificio personal.**

Hace uno o dos años, al impartir un seminario sobre la historia marista a un grupo de personas perspicaces, después de haber esbozado la historia del desarrollo de la Sociedad, la primera reacción, que me sorprendió un poco, fue que se dieron cuenta de los enormes obstáculos a los que se enfrentaron Colín y el grupo inicial, y observaron cómo Colín perseveró contra viento y marea para que el proyecto viera la luz. La profunda convicción y la perseverancia estaban presentes en tal grado en Colín que lo consideraron muy significativo e inspirador. De hecho, a menudo me llamaba la atención una frase de las conferencias de Jean Coste sobre la historia de la Sociedad de María, en las que menciona a la familia de los Colín: «El temperamento familiar parece haber estado marcado por **la tenacidad** y la reserva». Esto describe sin duda al joven Colín. A pesar de sus diversas enfermedades e incluso de las interrupciones en los seminarios cuando se vio obligado a descansar en casa a causa de dichas enfermedades, no se desanimó en su voluntad, aunque durante mucho tiempo dudó sobre abrazar el sacerdocio. Su reserva personal, que se manifestó a lo largo de toda su vida, se vio sin duda compensada por esa tenacidad, obstinación y perseverancia familiares y personales que se manifestaron con fuerza en su dedicado trabajo para dar vida a la Sociedad y asegurarse de que se ajustara al carácter de inspiración divina que estaba destinada a tener. Estas cualidades familiares y la formación de su carácter en ellas le ayudaron a seguir adelante. Esto refuerza nuestra propia tenacidad, que alimenta nuestra vida espiritual y dinamiza el crecimiento de las ramas maristas hoy en día y de los diversos proyectos que llevamos a cabo. Colín, una vez más, tiene un mensaje y un desafío para nosotros.

Como sabéis, Colín sentía un **gran odio hacia la codicia y el amor al dinero**. Suponemos que esto se remonta a St. Bonnet-le-Troncy, a algunas experiencias de su juventud. El hecho de haber nacido en una familia católica devota, en la que mantener la fe y ayudar a la Iglesia era más importante que aferrarse a los bienes materiales y a las propiedades, le permitió comprender los valores espirituales en este ámbito. Su familia perdió algunas propiedades debido a su fidelidad a la Iglesia y a que escondían a sacerdotes. Él mismo señaló más tarde, en su juventud, que cuando cayó gravemente enfermo a los 18 años y parecía que iba a morir, su lecho estaba rodeado de parientes ávidos de dinero que hablaban de testamentos, notarios, etc. Incluso afirmó que un pariente cercano, interesado en su herencia, intentó disuadirlo de tomar la medicina diciendo que estaba envenenada. Más tarde, ya como sacerdote, observó en algunos clérigos una actitud codiciosa que le repugnaba. Esto influyó de manera significativa en lo que más tarde enseñó a los Padres Maristas sobre las actitudes y costumbres que debían tener, y también dio forma a las Constituciones de los Padres Maristas. Curiosamente, en el mundo actual, donde el materialismo está en el aire y la codicia a menudo ni siquiera se nombra como tal, su enseñanza y su práctica ofrecen una lección para el mundo, la Iglesia y cada uno de nosotros. La Sociedad de María haría bien en prestar mucha atención a esto. Recordemos las Constituciones de 1872: «Si perdieran el espíritu de pobreza, Jesús y María ya no reconocerían a esta congregación como suya». ¡Siempre relevante! ¡También en 2025 para todos nosotros, de diferentes maneras!





FOURVIÈRE

Miércoles 12 de noviembre 2025



«Nos dedicamos irrevocablemente, junto con todos nuestros bienes, a la sociedad de la Santísima Virgen» (Promesa de Fourvière OM 50)

Desde 1170 existe en Fourvière un santuario dedicado a Nuestra Señora. El interior de la capilla, restaurado en 1751, no ha cambiado mucho desde entonces. Fourvière siempre ha sido un lugar de peregrinación muy frecuentado, como atestiguan las placas que adornan las paredes de la capilla. La basílica situada en la colina fue consagrada en 1896, en cumplimiento de un voto hecho por la ciudad de Lyon y en acción de gracias a Nuestra Señora por haber protegido la ciudad de los estragos de la guerra franco-prusiana de 1870.

El 23 de julio de 1816, los doce aspirantes a sacerdotes y seminaristas maristas subieron la colina hasta el santuario de Nuestra Señora de Fourvière. Depositaron su promesa de fundar la Sociedad de María bajo el corporal mientras Juan-Claudio Courveille celebraba la misa. Tras la comunión que todos recibieron de manos del P. Courveille, leyeron su declaración

prometiéndose consagrarse ellos mismos y todo lo que poseían para la fundación de la Sociedad de María. A la izquierda del coro hay una placa que conmemora este acontecimiento, y al otro lado, otra placa en memoria de los Hermanos Maristas.

En los años siguientes, numerosos maristas acudieron al santuario. El 29 de agosto de 1833 se celebró allí una misa antes de la partida de los padres Colín, Chanel y Bourdin hacia Roma. En octubre de 1836, antes de la partida de los primeros misioneros hacia Oceanía, Mons. Pompallier mandó celebrar aquí una novena de misas, y el último día, el padre Chanel colgó un corazón con los nombres de los misioneros alrededor del cuello del Niño Jesús, dando origen a la leyenda según la cual María habría entregado su manto al futuro mártir. Entre los exvotos se encuentran «cuadros» que recuerdan momentos de la historia de las misiones de Oceanía.



Desde entonces, se han realizado ahí numerosas celebraciones maristas, ya sea en esta capilla o en la basílica. La primera vez que las cuatro ramas de la familia marista celebraron juntas aquí fue con motivo del 150.º aniversario de la promesa de Fourvière, el 24 de julio de 1966. Así, en este lugar donde los primeros maristas respondieron a la petición de Nuestra Señora prometiendo hacer lo que ella deseaba, puede ser útil reflexionar y meditar sobre un pensamiento de Gaston Lessard...

Cuando Juan-Claudio Colín oyó a Courveille hablar de su proyecto, mordió inmediatamente el anzuelo. Desde su infancia, buscaba una forma de estar a solas con Dios. El seminario le atraía y le satisfacía, pero solo en parte. La vida en el seminario conducía al sacerdocio (diocesano) y eso lo llevaría inevitablemente de vuelta al mundo, a la agitada vida parroquial, limitando así su capacidad de estar a solas con Dios. Pero ahora, en el proyecto de Courveille, veía una solución: una forma de estar tranquilo y oculto, incluso en medio de una gran actividad. «En cuanto el Sr. Courveille dio a conocer el proyecto de la Sociedad de María, me dije: “Esto te conviene”, y me uní a ellos».

El momento de Fourvière, el 23 de julio de 1816, se deriva directamente de esta convicción de que el proyecto marista estaba hecho para él. A partir de entonces, toda su energía se dedicaría a la realización de este proyecto. Es esta decisión la que unificaría su vida a partir de ese momento.

Pero lo que dio al padre Colín la fuerza para llevar a cabo esta decisión no fue simplemente el hecho de que se correspondiera con sus deseos personales. Era mucho más profundo que eso. Se derivaba de su convicción de que María había expresado lo que deseaba, y de que quería que él, entre otros, llevara a cabo este proyecto.

Cuando Courveille hablaba del proyecto marista en el seminario mayor, siempre lo presentaba como algo que María le había afirmado querer. Y Colín nos dice muy claramente que las palabras de María «He sido el sostén de la Iglesia naciente, y lo seré de nuevo al final de los tiempos» (que probablemente son un resumen de la experiencia de Le Puy) inspiraron y guiaron el nacimiento de la Sociedad (ES 152).

El momento de Fourvière selló su decisión de trabajar en este proyecto.

La Promesa de Fourvière se convirtió en un símbolo poderoso para Colín, pues representaba para él dos realidades: en primer lugar, que el proyecto marista correspondía a sus deseos más profundos; y, en segundo lugar, que solo se haría realidad si él lo llevaba a cabo. El proyecto marista no era algo «externo» a él, al que se adhiriera. Era una fuerza motriz interior que le inspiraba.

Para los maristas de hoy, ocurre lo mismo. Fourvière representa no solo un compromiso para llevar a cabo la obra de María, sino también el compromiso de hacer «la obra de María» (es decir, la Sociedad de María en todas sus ramas).

LOS HOMBRES DE FOURVIÈRE

Los seminaristas que subían la colina de Fourvière estaban impulsados por un sueño. Llevaban dentro la convicción de que María quería algo. Ella quería hacer de la Iglesia el reino de la misericordia. En la providencia de Dios, ella debía ser el instrumento que renovaría la Iglesia en un pueblo de servidores y peregrinos. Ella debía aportarle una sensibilidad y una compasión nuevas, que vieran en el escepticismo de la época un deseo de autenticidad, una voluntad de quitarse todas las máscaras y barrer todas las ilusiones. Una Iglesia que se mostrara acogedora con los no creyentes y que reconociera en su incredulidad una piedra de espera para una fe más profunda.

Los seminaristas de Fourvière estaban inflamados por una intuición. Eran innovadores y profetas. Querían hacer algo nuevo. Por respeto a su proyecto, querían renunciar a todo deseo de poder personal, de honores y de riquezas. Aún no habían recibido la invitación para ir a Oceanía, aún no se les había planteado la cuestión, pero ya se podía prever que su respuesta sería «sí». Eran hombres disponibles. Eran hombres llenos de fuego. Los hombres de Fourvière. (John Jago - María, Madre de nuestra esperanza - 1986).





PROMESA

No es momento de hablar de promesas. En la sociedad contemporánea, el horizonte se reduce a la satisfacción inmediata de los deseos. Pensar en el futuro ya no tiene sentido. Tampoco tiene sentido vincular la propia existencia a una promesa, un juramento o un voto. Esto va en contra de nuestra concepción de la libertad. Ser libre se interpreta como la ausencia total de ataduras. El pacto matrimonial, por ejemplo, ha sido sustituido por la convivencia, una unión temporal basada únicamente en los sentimientos – y el amor dura lo que dura. Si antes se creía que una profesión acompañaba toda una vida, hoy se invoca una flexibilidad absoluta, la capacidad de cambiar y adaptarse sin cesar a un mundo laboral en perpetua mutación. La imagen de la liquidez sirve para ilustrar esta nueva situación existencial. En esta sociedad, queremos ser libres para aprovechar, en cada instante, las diversas oportunidades que la vida nos ofrece. Una promesa nos impediría aprovechar todas las oportunidades que el fugaz instante puede presentarnos.



Para el cristiano, sin embargo, el fundamento de las promesas es Dios mismo. «Dios no cumple todos nuestros deseos, pero sí todas sus promesas», nos recuerda el teólogo Dietrich Bonhoeffer. Mientras que el hombre experimenta la fragilidad, los límites y la infidelidad en su existencia, Dios se nos manifiesta a través de su fidelidad. La condición del pecado choca con la libertad que nos da Dios, quien permanece fiel a sus promesas a pesar de todas nuestras acciones. Las promesas humanas se basan en la experiencia que tenemos de Dios. Y el hombre se siente sostenido en su existencia porque experimenta la fidelidad inquebrantable de Dios. En el horizonte de Dios, la promesa humana se abre a la esperanza del futuro, que es siempre don de Dios. Las promesas humanas no pueden basarse en nuestras propias fuerzas y capacidades, pero pueden convertirse en los instrumentos mediante los cuales manifestamos nuestra voluntad de acoger en nuestro presente el futuro que Dios nos ofrece.

Experimentar la fidelidad de Dios nos permite encontrar un ancla de salvación en medio del vacío y la incertidumbre que rodean nuestra existencia. Recordar una promesa hecha hace doscientos años por un pequeño grupo de aspirantes maristas es actualizar esa dinámica de fe que abre a la humanidad al futuro que Dios nos promete.

DOCE

Los tres ejemplares que se conservan del texto de la Promesa no llevan firmas ni lista de firmantes¹. El texto original, tal vez conservado por Courveille, ha desaparecido, al igual que otros documentos de origen marista². Los tres ejemplares fueron transcritos por Pedro Colín. Uno pertenecía al padre Champagnat. El segundo fue hallado entre los escasos papeles conservados por el padre Colín. Es probable que Pedro Colín transcribiera el texto de la Promesa a partir de una fuente que había pertenecido a su hermano Juan-Claudio, pero que posteriormente se perdió. Hoy conocemos el contenido de la Promesa gracias a una persona que no estuvo presente cuando se pronunció.

Algunos testimonios indican que doce personas pronunciaron la Promesa la mañana del 23 de julio. No conocemos todos sus nombres. En algunos casos, su identificación sigue siendo hipotética. Corresponde al historiador buscar las fuentes, encontrar los testimonios y reconstruir los hechos. Desde un punto de vista religioso y espiritual, esto sigue siendo secundario. En un caso como este, el historiador debe aplicar la hermenéutica de la sospecha, interrogándose sobre las causas profundas de estos acontecimientos. El número doce es demasiado perfecto como para no suscitar sospechas³. ¿No se trata acaso de una reconstrucción retrospectiva? ¿No se ha establecido un paralelismo evidente entre los inicios de la Iglesia y los de la Sociedad de María? ¿No era también una forma de connotar simbólicamente el acontecimiento de la Promesa? Estas preguntas son legítimas, pero carecen de una respuesta plausible. Hay que recordar que el Summarium de las Reglas de la Sociedad de María, compilado por el padre Colín en 1833, confirma la presencia de doce «consocii» para la Promesa.

Los apóstoles estaban reunidos en el Cenáculo en torno a María. Los primeros aspirantes maristas a la Promesa se reunían en la capilla de Fourvière, no solo en nombre de María, para fundar una congregación que llevara su nombre, sino sobre todo —y nos mantenemos aquí en un plano simbólico— reuniéndose en torno a María.

[1] OM 1, nota introductoria, doc. 50. [2] Ídem. [3] Véase OM, doc. 535, § 1; doc. 748, § 2; doc. 294, § 1 (este se refiere al Summarium de 1833).

Algunos de ellos siguen siendo desconocidos para nosotros. Más allá del deseo de conocer sus nombres, el anonimato nos ofrece una posibilidad de reconocimiento. ¿Quiénes son los cuatro desconocidos de la Promesa? No siento especial curiosidad por saberlo. Creo que cada uno de nosotros, incluso hoy, puede reconocer e identificarse con esos primeros aspirantes maristas anónimos. Me gusta pensar que cada uno de esos cuatro hombres sin nombre representa, de alguna manera, una parte de nosotros mismos — de quienes nos han seguido durante dos siglos. Un acontecimiento sigue siendo esencial mientras siga abriendo la posibilidad de enriquecer el sentido original con nuevos significados. Quizá el historiador no oculte su decepción por no poder revelar la identidad de estos cuatro desconocidos. Nosotros, en cambio, podemos alegrarnos, pues a través de ellos se nos permite recorrer, como en aquel lejano 23 de julio, el mismo camino que conduce a Fourvière y reunirnos con los compañeros de los primeros maristas.

Cuatro de ellos participaron también, de diferentes maneras, en el cumplimiento de la Promesa: Jean Claude Colín, Marcelino Champagnat, Etienne Déclas y Etienne Terraillon. El quinto, Jean Claude Courveille, quedó al margen del proyecto, principalmente debido a numerosas situaciones problemáticas. Cholleton, autor del texto de la Promesa, no se unió abiertamente al proyecto marista hasta veinte años más tarde, en 1836, cuando pudo liberarse de sus funciones diocesanas. El entusiasmo y el fervor de los comienzos dieron lugar a trayectorias personales diferentes. Sin duda, algunos ya no se reconocían en el proyecto que se había iniciado. Desconocemos las verdaderas razones, cuestionamientos y justificaciones que cada uno adoptó. ¿Unirse o retirarse? ¿Unirse o quedarse para ver cómo evolucionarían las cosas? ¿Dar vida al proyecto o abandonarlo? Tales son las dinámicas de la vida. Dinámicas que siguen ligadas a ese lejano acontecimiento histórico, pero que forman parte integrante de cada uno de nosotros.

UN PROYECTO COMPARTIDO

La *Promesa* se nos presenta no como un esfuerzo individual, sino como un esfuerzo colectivo. Nosotros, los abajo firmantes...¹ Los verbos empleados están en primera persona del plural: afirmamos, declaramos, nos consagramos, nos ofrecemos, prometemos, nos comprometemos... Cada uno ha estampado su firma al pie del texto. Nos encontramos ante una declaración común. Sin embargo, muy a menudo, este tipo de promesas o votos se escribían en hojas individuales, personalizadas y firmadas individualmente.

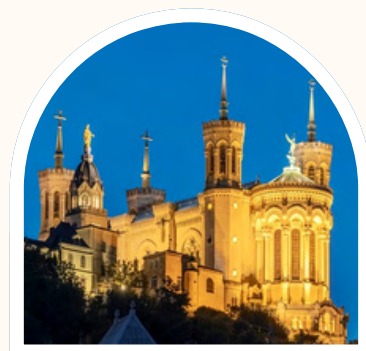
No es cosa menor. Desde sus orígenes, la Sociedad de María se concibió como un grupo, un todo, un consorcio, y no como la suma de individuos. Recibir el nombre de marista y comprometerse a fundar la Sociedad de la Santísima Virgen María es convertirse en miembro de la familia de María. Somos un grupo. No hay un primero. Nos reconocemos como hijos de una misma Madre. Si bien es cierto, como se suele destacar desde fuera, que una de las características esenciales de la experiencia marista reside en una dimensión familiar vivida, los gérmenes de este aspecto ya están presentes en la *Promesa*.

MARISTAS

Hoy en día, el nombre se ha convertido en una especie de etiqueta. La sociedad de consumo nos ha impuesto el poder del logotipo. Desde un punto de vista bíblico, el nombre es mucho más que una simple denominación o una etiqueta pegada a una persona. El nombre está íntimamente ligado a quien lo lleva, es indisociable de él o de ella. En cierto sentido, se puede decir que nosotros también somos nuestro nombre. Forma parte integrante de nosotros, de manera constitutiva. El significado del nombre acompaña la existencia de quien lo lleva. Al mismo tiempo, el nombre transforma a la persona. Influye en la formación de nuestra personalidad. Nos convertimos en lo que somos también gracias al nombre que llevamos — y que nos fue dado. Aunque la historia nos ha transmitido el texto de la *Promesa* sin los nombres que lo componen, hay un nombre que vuelve una y otra vez — explícitamente y en diversas formas: el de María, que aparece en cinco ocasiones. Y en todo ello se puede discernir un significado simbólico.

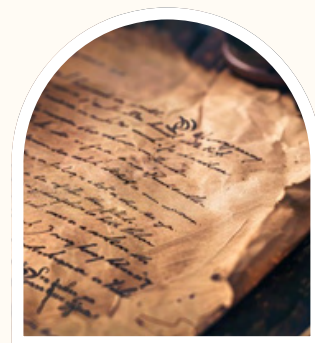
Los maristas no solo llevan un nombre destinado a honrar a María, sino que también aspiran a impregnarse de él. Es en el nombre de María donde se reconocen los primeros aspirantes. ¿Por qué es tan importante este nombre para ellos? La Sociedad de María no es, en aquella época, un nombre exclusivo de los maristas. Pero no es una etiqueta. Es más que un signo distintivo o un recordatorio. Tampoco es un aspecto particular de su devoción mariana. Este nombre es un sentimiento de pertenencia. Es el sentimiento de formar parte de una obra —de una familia— y de reconocerse en ella.

[1] Nos infra scripti.



¿QUIÉN ESCRIBIÓ LA PROMESA?

No existe ningún testimonio directo. Se puede suponer que es fruto de un trabajo colectivo. Sin duda, alguien redactó una primera versión, que luego fue discutida y completada de común acuerdo. Se puede afirmar casi con certeza que el autor del texto fue el padre Cholleton. Él había ofrecido su protección y su apoyo al proyecto marista desde el principio y él mismo se convertiría en marista más tarde. De hecho, cuando se eligió al primer superior general en 1836, el padre Colín esperaba que fuera elegido Cholleton.



SOLO PARA LA GLORIA...

La Promesa contiene una especie de autodefensa, una dialéctica entre juventud y madurez. Del texto se desprende claramente que, en los meses previos al 23 de julio, no faltaron críticas (e incluso consejos) en torno al proyecto marista. Es fácil imaginar los comentarios que surgieron de todas partes. Por parte de los educadores, los profesores, e incluso los compañeros de seminario: «Ya veremos qué queda de todo este entusiasmo... Eres joven y aún no conoces las dificultades de la vida... Cuando seas más maduro, te enfrentarás a la realidad con más seriedad...». Tal es, por lo general, el tono de los buenos consejos que las generaciones anteriores prodigan generosamente a la generación joven. Una actitud constante, que se repite en cada época. Y cuanto mayor es el entusiasmo de la juventud, más se intenta frenarlo, menospreciarlo. La acusación de que la nueva generación carece de valores y es incapaz de hacer realidad los sueños que alimenta es también una constante a lo largo de los siglos.

Afirman haber subido a Fourvière:

(texto en español)

No de forma infantil
ni a la ligera
no motivados por ningún motivo humano
ni con la esperanza de una ganancia temporal

(texto en latín)

non pueriliter
non leviter
non ex aliquo humano fine
aut spe temporalis emolumenti

sino más bien:

(texto en español)

con seriedad
con madurez
tras haberlo consultado
tras haber sopesado todo ante Dios
para la sola mayor gloria de Dios,
y el honor de María,
Madre del Señor Jesús

(texto en latín)

serio
mature
assumpto consilio
omnibus coram Deo perpensis
propter solam maiorem
Dei gloriam et Mariae
Genitricis Domini Jesu honorem

El análisis de la estructura del texto nos permite destacar ciertos aspectos. Existe un paralelismo evidente entre la parte negativa y la parte positiva, como podemos ver al comparar los pasajes en la siguiente tabla:

No por infantilismo
ni a la ligera
sin estar motivado por ningún motivo humano
ni con la esperanza de una ganancia temporal

con seriedad
con madurez
tras haberlo consultado
tras haber sopesado todo ante Dios

Podemos leer todo esto como una introducción a lo que debe considerarse único: «Solo para la mayor gloria de Dios y honor de María, Madre del Señor Jesús». Nos parece casi una repetición innecesaria y redundante, pues ya se había proclamado inmediatamente después de la invocación inicial a la Santísima Trinidad y se repitió poco después, a modo de estribillo. Pero este triple testimonio representa el centro, el corazón de toda la Promesa: contribuir a la gloria de Dios y al honor de María mediante la constitución de una congregación.

SUFRIMIENTOS Y PRUEBAS

Para reforzar lo dicho, se declaran dispuestos a afrontar las más diversas pruebas y los posibles sufrimientos para llevar a buen término el proyecto marista. *Poenis, laboribus et incommodis*: hay una especie de crescendo en esta lista, que culmina en el *cruciatibus* que sigue. Los dolores, los tormentos, los elementos nocivos y penosos, hasta la posibilidad de la tortura y el martirio.¹ ¿Debemos ver en ello una especie de ingenuidad? ¿Se trata solo de un ardor juvenil? En realidad, estas personas, aunque jóvenes, tienen a sus espaldas una experiencia trágica. Los años de la Revolución, primero, y luego del Imperio, estuvieron marcados por una serie de acontecimientos dolorosos y violentos. Quienes suscriben estas palabras no hablan, por tanto, de algo genérico y abstracto, de una posibilidad lejana y vaga. Existe una conciencia seria y grave de que lo que han vivido, en algunos casos incluso sus familiares o ellos mismos en su infancia, podría repetirse en un futuro próximo. Toda firma de compromiso no puede ignorar los esfuerzos y las dificultades que ello implica.

FIDELIDAD AL ROMANO PONTÍFICE

La Iglesia de Francia, durante la Revolución y el Imperio, sufrió una profunda y dolorosa división. Pero incluso antes, llevaba mucho tiempo impregnada de tendencias galicanas. El galicanismo era una doctrina político-religiosa que reconocía la primacía de honor y de jurisdicción del Papa, al tiempo que defendía una organización muy autónoma para la Iglesia católica de Francia. Por lo tanto, estaba en juego una concepción eclesiológica diferente. El galicanismo se oponía al ultramontanismo: este término significaba «el que reside más allá de las montañas», es decir, el Papa. En otras palabras, se trataba de la doctrina que proclamaba la primacía del Papa sobre las Iglesias nacionales. La doctrina del galicanismo marcó toda la historia política y religiosa de Francia desde el siglo XVII hasta el Concilio Vaticano I (1870).

El texto se revela como una toma de posición clara y precisa entre dos visiones eclesiológicas opuestas. No debe interpretarse como una simple propuesta política. En la Promesa, encontramos una paráfrasis de un pasaje de la Primera Carta a Timoteo: «*Al proponer estas cosas a los hermanos, serás un buen ministro de Cristo Jesús, alimentado de las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido*». Nos encontramos ante un texto que resulta más complejo de lo que parece a primera vista. Entre líneas, se perciben los debates que animan al clero y al seminario. Aquí, los aspirantes maristas optan por el ultramontanismo.

LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

La Promesa no precisa los objetivos de la nueva congregación piadosa que se va a fundar, salvo para indicar, en una fórmula bastante general, la salvación de las almas por todos los medios. No hace referencia a ninguna obra específica ni a ningún ministerio particular. Para los maristas, la atención prestada a la vida espiritual de cada persona debe convertirse en algo central y fundamental. Los maristas deben centrar toda su atención en las personas, y no en las estructuras.

El padre Colín nunca quiso que la Sociedad de María se caracterizara por obras concretas. Ciertamente, están las misiones extranjeras y el *apud fideles*, la educación de los jóvenes y los santuarios... Pero la Sociedad de María debía también permanecer abierta a otras cosas, y adoptar con la misma prudencia ciertos ministerios específicos. Se puede decir que el padre Colín se mantuvo, en cierto sentido, siempre fiel a la generalidad expresada en la Promesa.

Por todos los medios (modis omnibus). ¿Se puede ver en ello una exageración juvenil? ¿En consonancia con el tono elevado del conjunto de la Promesa? Se trata más bien de la especificación precisa de la manera en que hay que trabajar por la salvación de las almas. Sabemos que el padre Colín aprendió este *modis omnibus* con el paso del tiempo. Leemos en *Habla un fundador*: «*Roma me ha servido bien en este sentido; allí es donde aprendí esta máxima: La ley está hecha para el hombre; si no puedo salvarlo con la ley, intentaré salvarlo sin la ley*».² Nos encontramos, pues, ante una de esas semillas de la Promesa que los maristas están invitados a cultivar en todo momento.

¿UN ACTO DE DEVOCIÓN?

Desde un punto de vista jurídico, la Promesa no tiene fuerza vinculante; no es más que una declaración de intenciones. A veces se oye decir que la Promesa fue un acto de devoción de jóvenes sacerdotes y seminaristas que, durante una peregrinación al santuario de la ciudad, habrían firmado un texto que, a fin de cuentas, resulta redundante. Para otros, se trata de un texto limitado a un periodo histórico concreto. Otra eclesiología, otra visión del mundo... Un texto que ya no tiene nada que ver con nuestra situación actual.

Pero, ¿qué fue realmente la Promesa? ¿Un acto de devoción o un acto fundacional? ¿Un texto sencillo, de escaso valor y sin pretensiones, o contenía ya en germen los primeros indicios de desarrollos espirituales posteriores? ¿Un texto como tantos otros de su época, o la base mínima de objetivos heterogéneos que algunos aspirantes irían poniendo de relieve con el paso del tiempo?

[1] «Cruciatibus» tiene varios significados: 1) tormento, dolor, aflicción, pena; 2) tortura, martirio; 3) (en plural) instrumentos de tortura.

[2] *A Founder Speaks* 163, § 2. Véase también 95, § 3.

El texto de la Promesa es todo eso — y mucho más. Como nos enseña la hermenéutica, todo depende de nuestra lectura, de la mirada que le dirijamos. ¿Quizás esa mirada está hoy velada y nuestra visión se ve oscurecida? ¿Quizás creemos que las dificultades de nuestra época son mucho mayores que las de hace dos siglos, y nos consolamos con ese pensamiento? ¿Quizás pensamos que aquellas personas eran jóvenes y tenían toda la vida por delante para hacer realidad sus proyectos, mientras que nosotros, hoy, estamos llenos de males y, con nuestra avanzada edad, tenemos poco tiempo para hacer planes? ¿O es que alimentamos cierta envidia hacia esos jóvenes a los que juzgamos un poco ingenuos, pero capaces de soñar?

REESCRIBIR LA PROMESA

Muchas cosas han sucedido a lo largo de estos dos siglos. Para bien y para mal. Tanto en la historia civil como en la eclesiástica. No ha sido un periodo de paz. Innumerables guerras se han sucedido y siguen causando estragos hoy en día. La modernidad ha sido testigo de avances científicos y tecnológicos fulgurantes. Los notables progresos en medicina han permitido proteger y prolongar la vida humana. De una situación de subsistencia precaria, nuestras sociedades han pasado al desarrollo y al bienestar material. Pero estos años también han estado marcados por Auschwitz y Kolyma, Hiroshima y Nagasaki, y Chernóbil. Se han visto empañados por genocidios, y numerosas poblaciones han sido aniquiladas: armenios, ucranianos, serbios, camboyanos, ruandeses, bosnios, palestinos... Se han sucedido dictaduras violentas y sangrientas. Casi en todas partes, los reyes han caído y se han impuesto regímenes republicanos. La globalización se presenta como un fenómeno ambiguo, que garantiza una riqueza cada vez mayor a una minoría, mientras que la mayoría de la población mundial se hunde en la pobreza extrema. Vivimos sintiéndonos amenazados constantemente: amenazas nucleares, ecológicas, demográficas, epidémicas, terroristas, catastróficas... Pero, sobre todo, nuestra seguridad está amenazada. Al mismo tiempo, la economía se ha convertido en el único eje de referencia de la acción humana.

La informática nos da acceso al mundo entero con solo mover un dedo. La información circula en tiempo real. Podemos asistir a cualquier evento desde casa. El tiempo se ha acelerado a una velocidad inimaginable hasta hace poco, y nos hemos convertido en consumidores de todo, de forma inmediata, olvidando al instante lo que acabamos de vivir e incapaces de vislumbrar el más mínimo atisbo del futuro. Los seres humanos, animales sociales y comunitarios que somos, nos entrenamos cada vez más para vivir en un individualismo exacerbado. Algunos han calificado nuestra época como la era de la soledad.

Desde un punto de vista eclesial, estos dos siglos han sido testigos de la celebración de dos concilios. Se ha iniciado el camino ecuménico. La Iglesia católica, con reticencias internas más o menos marcadas, se esfuerza también por explorar las vías del diálogo interreligioso. Se ha abierto una nueva era con los hermanos mayores judíos. Se ha llevado a cabo una reforma litúrgica, con el uso de las lenguas locales en las celebraciones. Han surgido nuevas experiencias de vida religiosa, como los institutos seculares y las fraternidades.

Ya no se estudian los manuales de teología de hace dos siglos. Los estudios bíblicos, patrísticos y teológicos de hoy son muy diferentes de los del pasado. La eclesiología ha evolucionado. La Iglesia ya no se concibe como una sociedad piramidal, sino que ha vuelto a una concepción de sí misma como Pueblo de Dios. La mariología se basa en el capítulo VIII del documento conciliar *Lumen Gentium*. Nuestras sociedades se han secularizado. El cristianismo, antaño religión de masas, se ha convertido en una religión de elección personal. Hoy es minoritario, e incluso marginado, en muchos lugares. Asistimos a una necesidad generalizada de espiritualidad que encuentra sus respuestas casi exclusivamente en el floreciente mercado de las nuevas religiones, a menudo centradas en la autoconstrucción. La edad promedio de los fieles aumenta, al igual que la de los sacerdotes y los religiosos. Numerosas comunidades están al borde de la desaparición. La Iglesia descubre que ya no es ni europea ni occidental. Ahora hablamos de sociedades post-cristianas.

Desde un punto de vista bíblico, litúrgico y de celebración, recordar es renovarse. ¿Cómo recordar hoy la Promesa de Fourvière? ¿Mediante una celebración que conmemore ese lejano acontecimiento, mediante una especie de excavaciones arqueológicas? ¿O debemos hacer nuestra esta Promesa? ¿Cómo? Reescribiéndola, con nuestras palabras y nuestra visión humana y espiritual. *Acuérdate*: esta invitación aparece con frecuencia en la Biblia, dirigida por Dios a Israel o a figuras individuales. La memoria es también fundamental para la vida espiritual. Somos una historia, y nuestra historia forma parte de la historia de Dios. Como maristas, estamos llamados a celebrar momentos de nuestra historia para recordar la acción y la fidelidad de Dios. Nuestra fidelidad se arraiga en nuestra capacidad de hacer relevante hoy lo que recordamos. Somos maristas porque tenemos la oportunidad de vivir una fe y una espiritualidad encarnadas en la vida de quienes nos precedieron. Porque podemos verlas vividas y actualizadas en la experiencia de tantos de nuestros hermanos y hermanas. Porque podemos compartirlas con ellos.

Así, no recordamos acontecimientos del pasado, sino que estamos invitados a convertirnos en personas que buscan vivir hoy lo que nos han transmitido las generaciones anteriores. Recordar la Promesa de Fourvière significa que lo que hemos recibido de los maristas que nos precedieron puede seguir dando fruto hoy. La memoria no es simplemente nostalgia o recuerdo de un acontecimiento pasado, sino un elemento constitutivo del futuro. La memoria y el futuro están íntimamente ligados. En la medida en que recordamos el amor de Dios por nosotros, permanecemos fieles a su alianza. Recordar la Promesa se convierte en un momento de alegría y, al mismo tiempo, da testimonio de nuestra disposición a acoger el futuro que Dios nos reserva. Este futuro, para nosotros, maristas, está acompañado por la presencia de María, Aquella que nos recuerda: «*He sido el apoyo de la Iglesia naciente; lo seré también al final de los tiempos*».

(En *Forum Novum* n.º 18 se encuentra un comentario detallado en inglés sobre la Promesa).



CERDON

Jueves 13 de noviembre 2025



«Hoy comienza la Sociedad de María...»

A lo largo de esta peregrinación, llegamos a uno de los «momentos» más profundamente espirituales de la vida del padre Colín. Lo que la tradición marista llama «las gracias de Cerdón» transformaron a este hombre: de un hombre rígido y «muerto», se convirtió en un predicador notable; de un hombre tímido, se convirtió en alguien a quien los hombres de la parroquia acudían en busca de consejo; de un simple seguidor del proyecto marista, se convirtió en quien asumiría cada vez más responsabilidades en la dirección del proyecto. ¿Cuáles fueron esas gracias? No podemos estar seguros. El padre Colín las describe como «una extrema dulzura» y «la convicción de que la Sociedad de María era de Dios y que tendría éxito». Sabemos que fue en Cerdón, probablemente en 1819, donde Colín hizo el voto de ir a Roma; que fue desde Cerdón desde donde realizó dos visitas al nuncio apostólico en París; que fue en Cerdón donde escribió al Papa en 1822; y que vivió una «experiencia» en La Coria, que fue para él un momento decisivo.

En Cerdón, también entramos en contacto con las fundaciones de los Padres y Hermanos de la Sociedad de María, así como de las Hermanas Maristas, sus primeras comunidades y ministerios.

Cerdón está construido en el punto de encuentro de tres valles, en la carretera principal Lyon-Ginebra. En 1832, la ciudad contaba con 1 745 habitantes. Hoy son 755 (2022). Cerdón siempre ha servido de parada para los carteros a caballo. Los habitantes alquilaban caballos adicionales a 1,5 francos para ayudar a tirar de los carros en la subida de La Balme. En las laderas soleadas, los viñedos siguen produciendo un vino muy apreciado.

El 27 de julio de 1816, Pedro Colin fue nombrado párroco de Cerdón, que en aquel entonces formaba parte de la archidiócesis de Lyon. Su coadjutor iba a ser su hermano menor, Juan-Claudio, recién ordenado. En ese momento, Pedro no tenía ni idea del proyecto marista.



Cuando Juan-Claudio le reveló más tarde este proyecto, Pedro recurrió a Juana-María Chavoin, que llegó a Cerdón en 1817, acompañada de Maira Jotillon. Juana-María Chavoin se convirtió en ama de llaves en la casa parroquial, y es a partir de esa fecha (1817) cuando pueden datarse los avances importantes del proyecto marista. Marcelino Champagnat ya estaba poniendo en marcha su proyecto de Hermanos, y Juan-Claudio y Pedro Colín, junto con Juana-María Chavoin, comenzaban a trazar planes para sus ramas en Cerdón. Juan-Claudio comenzó a redactar una regla para la Sociedad. Trabajando hasta altas horas de la madrugada en su pequeña habitación, empezó a plasmar en papel las líneas generales del proyecto de una Sociedad que, según él, no tenía otro modelo que la Iglesia primitiva.

Esos años pasados en Cerdón, de 1816 a 1825, fueron decisivos para Juan-Claudio Colín. Fue allí donde pasó de ser un vicario tímido a convertirse en un hombre fuerte y capaz de actuar con determinación. Fue allí donde se formó, en 1824, el primer equipo misionero. Y cuando Étienne Déclas se unió a los hermanos Colín en Cerdón, el 29 de octubre de 1824, Pedro Colín pudo escribir al obispo: «Hoy comienza la Sociedad de María...». Fueron también años «de una extrema dulzura», como recordaría más tarde el padre Colín. Aunque nunca hizo el noviciado, si hay un lugar y un momento en el que experimentó un elemento esencial del proceso del noviciado —«saborear a Dios»—, es precisamente aquí, en Cerdón, donde comenzó a convertirse en el líder del proyecto de la Sociedad de María. No sabemos en qué medida Juana-María Chavoin participó en las discusiones sobre el proyecto marista, pero lo que escribió y dijo más tarde indica que estuvo estrechamente vinculada a él desde el principio. Ella ofrece una visión general de los hermanos Colín durante ese período:

Cuando los padres Colín estaban en Cerdón, eran apreciados por todos los habitantes. Si se hubieran quedado allí, toda la parroquia se habría convertido pronto en una comunidad religiosa; ya entonces, un grupo ferviente de treinta hombres se reunía regularmente en la casa parroquial.

Sus condiciones de vida eran tan precarias y vivían en tal pobreza que todo el mundo en Cerdón se sorprendía. En aquella época, recibían cartas muy severas del Sr. Courbon, vicario general de Lyon. Otro vicario general, el Sr. Bochard, también les causaba mucho sufrimiento...

Cuando los padres estaban casi abrumados por esas penosas dificultades, yo me sentía llena de valor y los animaba. En otros momentos, cuando estaban serenos, me tocaba a mí. ¡Ah! Esos eran nuestros momentos más hermosos. Un día recibieron una carta que los conmovió mucho, y el mismo correo trajo una respuesta importante. Los padres estaban desanimados. Les dije: «Vamos a la iglesia». Fuimos los tres. Pasamos una hora, incluso hora y media, rezando, y salimos de allí tranquilos y serenos. (Narración grabada, Doc. 101)

LUGARES DE IMPORTANCIA LA CORIA

Fue aquí donde tuvo lugar el acontecimiento que convenció a Juan-Claudio Colín de que estaba llamado a llevar a cabo la obra de fundación de la Sociedad de María tal y como se había concebido en el seminario.



En julio de 1823, se dirigió a casa de monseñor Devie, en Belley. Salió de la casa parroquial a las 4 de la mañana, pero al cabo de 20 minutos, mientras subía por el camino de La Coria que lleva a Mérignat, le invadió un gran cansancio que le obligó a detenerse. Tras rezar a Nuestra Señora y vivir lo que la tradición de la Sociedad considera una experiencia espiritual particular, el padre Colín se sintió revitalizado y capaz de continuar.



El propio padre Colin lo expresó así:
«Durante uno de los viajes que hice para la Sociedad... me pareció que todos los demonios me perseguían para impedirme avanzar. Sí, lo creo. ¡Estaba agotado!... No podía continuar. Sentía una repugnancia insuperable. Tras veinte minutos de marcha, caí de rodillas en medio del camino, bajo la luz de la luna, y dije: «Dios mío, si no es tu voluntad, entonces no iré. Pero si es tu voluntad, devuélveme las fuerzas y muéstrame así que es tu santa voluntad». De repente, me sentí revitalizado, ligero, relajado. Corrí como una liebre. (OM 425:10)

LA IGLESIA

La iglesia está construida sobre una pequeña colina (llamada «la isla» debido al suelo pantanoso de los valles). El coro data del siglo XV. La nave se construyó en 1772. En la época de los hermanos Colín faltaban los dos arcos y sus pilares de soporte en la parte trasera de la iglesia. Estos se añadieron durante la ampliación de la iglesia en 1863. El campanario, destruido durante la Revolución, se reconstruyó en 1844.

Aquí, en la iglesia, recordamos las confesiones escuchadas por los hermanos Colín en la capilla de Nuestra Señora. (El confesionario situado a la derecha se añadió más tarde.) Recordamos el gesto dramático de Pedro Colin, que se postró ante el altar para implorar el perdón de Dios por sus feligreses que trabajaban los domingos. Y recordamos la ceremonia de toma de hábitos de las primeras hermanas maristas, el 8 de diciembre de 1824. El altar de la capilla de Nuestra Señora es quizá aquel en el que los hermanos Colín celebraban la misa. La estatua original de María es la que se encuentra inmediatamente a la izquierda al entrar en la iglesia.

LA CASA PARROQUIAL

La casa parroquial data de 1822 y fue construida en la época de los hermanos Colin. Desde el exterior se pueden ver las dos ventanas de la habitación de Juan-Claudio Colin. Allí era donde rezaba y redactaba la primera regla para los futuros maristas.

MISIONES MARISTAS

De 1825 a 1829, Colin, Déclas y Jallon (a los que se unió Humbert en 1828) predicaron misiones en el Bugey.

Las primeras misiones (La Balme, Corlier e Izenave) se predicaron desde Cerdón. El resto de la misión se llevó a cabo desde Belley. La mayoría de los desplazamientos de los misioneros se realizaban a pie, entre la nieve y el barro.

«Era después de la Revolución. No había sacerdotes; muchas iglesias habían sido abandonadas; íbamos a parroquias donde no había párroco. Nunca habíamos sido tan felices; reíamos alegremente. Siempre he echado de menos aquella época: era tan bonita. Señores, cuando uno soporta algo, naturalmente sufre un poco, pero es ahí donde uno es más feliz. A menudo nos veíamos obligados a prepararnos nuestra propia sopa. Una vez llegamos a una parroquia donde no había habido párroco desde la Revolución. Nadie vivía en la casa parroquial. Riendo, hicimos lo que pudimos por barrerla. No había cristales en las ventanas, el techo estaba abierto y las grietas estaban tapadas con heno. Nos tumbamos, hacía mucho frío, pero nos reímos». Contado por Juan-Claudio Colin, 1846-1847.

INTENCIÓN DE ORACIÓN

Oramos por la gracia de desarrollar un corazón misionero, tanto si nos quedamos «en casa» como si salimos en misión «a lo lejos».



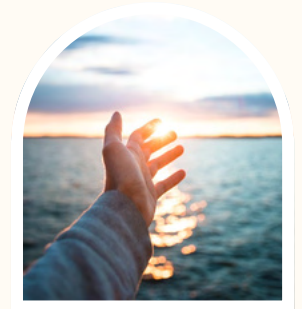
Paddy O'Hare sm

CERDÓN 1816 – 1825 : Los seis años de «dulzura extrema» de Juan Claudio Colín

LOS COMIENZOS

JCC, joven coadjutor recién ordenado, comienza su ministerio; su hermano mayor, Pedro, es párroco y le brinda su apoyo. Lejos del ambiente protegido del seminario y aislado de sus compañeros de clase. JCC es inteligente, algo introvertido, tímido, especialmente con las mujeres.

La vida en el seminario había sido estricta, la teología rigurosa y puritana, con mucho énfasis en el pecado. La predicación de JCC al principio era árida, grandilocuente, reflejando la austera formación en teología moral de la época, muy en consonancia con el enfoque clerical y jerárquico de la Iglesia católica en Francia. Clima religioso de la época: líderes eclesiásticos demasiado alineados con los poderosos, dejando desatendidos a los pobres y a la población rural, valores anticristianos y un entorno anticlerical. Podría recordarnos muchos aspectos del mundo actual: pérdida de interés por la religión, actitudes negativas hacia la Iglesia, declive de la práctica religiosa, disminución del número de fieles.



JUAN-CLAUDIO COLÍN COMIENZA A CRECER HUMANA Y ESPIRITUALMENTE

Hombre de oración, Juan-Claudio se dio cuenta poco a poco de que sus sermones no llegaban realmente al corazón de la gente. Esa toma de conciencia le llevó a hacer una pausa, a reflexionar y a cambiar su enfoque. Comenzó a predicar con mayor libertad, mayor espontaneidad —dependiendo menos de las notas— y también se volvió más amable y comprensivo, tanto en el confesionario como en el púlpito. Aquí vemos a un joven profundamente consciente de lo que sucedía a su alrededor y lo suficientemente humilde como para reconocer que él mismo podía ser a veces el obstáculo. Sin embargo, en lugar de desanimarse, dejó que esa intuición le impulsara a seguir adelante. Estaba dispuesto a abandonar algunos de sus principios rígidos y a descubrir una nueva forma de llegar a las personas.

Este es un maravilloso ejemplo de discernimiento: de escuchar profundamente y permitir que la gracia guíe el propio crecimiento. Nos recuerda, incluso hoy, lo importante que es permanecer abiertos al cambio y permitirnos, siempre, que Dios nos sorprenda.

UN COMPROMISO INQUEBRANTABLE

Desde el principio, Juan Claudio Colín quedó profundamente cautivado por la idea de poner en marcha un proyecto mariano —una idea que se compartió por primera vez entre un grupo de compañeros seminaristas, uno de los cuales la había propuesto originalmente. Esos jóvenes se encontraban ahora dispersos por la diócesis en diferentes parroquias, pero se mantenían en contacto, reuniéndose al menos una vez al año para hacer retiros.

Colín y sus compañeros seguían entusiasmados con la idea de fundar una nueva congregación bajo el nombre de María, trabajando juntos por la renovación de la Iglesia. Pero fue Juan Claudio quien poco a poco comenzó a tomar la iniciativa. Fue él quien empezó a plasmar por escrito las ideas que compartían. Más que nadie, estaba cautivado por la visión.

A veces, la gente veía la luz encendida en su habitación hasta bien entrada la noche: Juan Claudio escribía, reflexionaba, rezaba. Recordaba frases clave de los debates del seminario y las combinaba con ideas que había leído o discernido en la oración. Comenzó a esbozar los primeros trazos de la vida religiosa: los inicios de lo que un día se convertiría en el proyecto marista.

Aunque otro seminarista había presentado primero la idea, Juan Claudio Colín se perfilaba como el más decidido a llevarla a la práctica. Como lo describiría más tarde el P. Justin Taylor, SM, era, en cierto sentido, nuestro «fundador renuente».

APOYO, COLABORACIÓN Y ALIENTO

Durante este tiempo, su hermano Pedro —el párroco— comenzó a notar el cambio en Juan Claudio : su creciente confianza, su energía renovada y el entusiasmo silencioso que parecía llenar todo su ser. Pedro intuyó que algo profundo estaba sucediendo en el corazón de su hermano, que una profunda experiencia espiritual estaba echando raíces.

Cerdón se convirtió en el lugar donde Juan Claudio se transformó: de un joven sacerdote tímido y vacilante a un hombre enérgico y decidido, plenamente dedicado a la visión marista. El apoyo de Pedro fue inestimable. Como hermano mayor y mentor, guió el ministerio de Juan Claudio y lo animó en su camino espiritual. También fue un entusiasta defensor del proyecto marista desde sus inicios, reconociendo los notables dones de su hermano.



Hubo también otra presencia importante: **Juana-María Chavoín**. Pedro la conocía de antes y la invitó, junto con otra joven, a venir a Cerdón. Ambas estaban interesadas en la vida religiosa y se sentían atraídas por el mismo espíritu mariano. Juana-María era más que una ama de llaves: era una confidente, una colaboradora y una fuente de aliento. Se unía a las conversaciones sobre el proyecto y apoyaba a los hermanos cuando se enfrentaban a desafíos, como cuando buscaban la aprobación o la comprensión del obispo. Trajo consigo a dos sobrinos y, más tarde, se llevó a cabo la construcción de un convento. Su fe inquebrantable y su sabiduría práctica se convirtieron en una influencia silenciosa pero poderosa en el desarrollo de Juan Claudio.

LECCIONES PARA HOY

Hoy, al recordar lo que sucedió aquí en Cerdón, nos unimos espiritualmente a Pedro y Juana-María, reflexionando sobre la creciente convicción de Juan-Claudio Colín: que una Sociedad que llevara el nombre de María era verdaderamente la voluntad de Dios, y que la propia María lo deseaba. En medio de las exigentes tareas parroquiales, Colín se sentía consumido por la visión de este proyecto marista. Con profunda confianza en Dios, rezaba constantemente, buscando no su propia voluntad, sino la de Dios. Por supuesto, hubo dificultades reales. Algunos obispos querían que el grupo se mantuviera simplemente como sacerdotes diocesanos. Los amigos del grupo original de Fourvière estaban perdiendo interés y alejándose. Pero Colín perseveró. Poco a poco, aceptó que estaba siendo llamado a dar forma y dirección a la idea marista.

Destaca un incidente en particular. Ocurrió al subir esa colina que tenemos detrás. Un día, Colín se dirigía a Belley para discutir su plan con el nuevo obispo y, tras unos veinte minutos de camino, de repente se sintió extremadamente cansado. Todo el proyecto, todo su trabajo, le resultaba repugnante y se sintió tentado de rendirse y volver a casa, a la casa parroquial. Sin embargo, cuando se arrodilló en oración y se abandonó a la voluntad de Dios, se sintió invadido por una especie de gracia especial, y al levantarse de nuevo se sintió lleno de energía, con nueva convicción y valor para continuar su camino. Sabía, y así lo compartió más tarde, que ese momento fue una poderosa confirmación de Dios de todo lo que estaba haciendo, y que dar a luz la Sociedad de María estaba de acuerdo con la voluntad de Dios... lo que estaba ocurriendo durante aquellas semanas y meses era el discernimiento tal y como lo conocemos hoy, aunque en cámara lenta, del que todos podemos aprender.

Lo que observamos aquí es un proceso —un proceso muy humano y espiritual—: oración constante, discernimiento humilde, apertura a la voluntad de Dios, fidelidad a la inspiración original y profunda colaboración y diálogo con compañeros de confianza. Su historia nos recuerda que toda llamada genuina de Dios lleva tiempo, que se desarrolla a través de la oración, la perseverancia y el apoyo de la comunidad.

PALABRAS QUE JUAN CLAUDIO COLÍN MEDITABA Y REPETÍA A MENUDO EN CERDÓN

«DESCONOCIDO Y OCULTO»

Una frase que ha inspirado a los maristas, tanto laicos como religiosos, desde el principio:

* **la forma en que María estuvo presente y actuó en la Iglesia primitiva** (cf. Hch 1,14 y 4,32),

* **la forma en que Dios actúa** y «le dice algo a una persona en su interior». Dios, que estaba oculto, se reveló a Elías como un suave soplo de viento. Esto exige una escucha paciente y activa, tanto de la Palabra de Dios como de los demás,

* **la forma en que los maristas deben vivir y ejercer su ministerio**, un estilo marista específico de ministerio. El P. J. Coste hizo un comentario significativo al respecto en relación con Cerdón. «En Cerdón, algo cambió en Colín. Parecía sentir que la visión de la Sociedad de María se estaba profundizando en su interior y recibió la inspiración de *“desconocidos y ocultos en el mundo”*, lo que le ayudó a utilizar su propia naturaleza sensible para comprender y llegar a la delicada condición de las personas de su época». Se convenció del valor de esta forma de vivir, como María entre los discípulos de la Iglesia primitiva, con discreción y humildad, sin llamar la atención sobre nosotros mismos, aunque pudiéramos estar comprometidos en ministerios muy importantes. Debemos tener cuidado con las falsas nociones de humildad, como ocultar nuestros talentos, lo que a veces se asociaba con permanecer ocultos y desconocidos. Significaba más bien evitar cualquier tipo de búsqueda de poder y adoptar un estilo de vida sencillo. Este es también un factor clave para comprender mejor lo que JCC hacía y pensaba en Cerdón. Tanto él como Juana-María Chavoín parecen haberlo utilizado con bastante frecuencia en sus conversaciones y en sus escritos. Justin Taylor sugiere que «aunque es probable que ambos estuvieran familiarizados con este elemento, que se expresaba a menudo en los escritos espirituales de la época, es posible que incluso hubieran olvidado de dónde lo habían sacado o leído, e incluso que hubieran olvidado que lo habían leído, creyendo que les había llegado a ambos como una especie de inspiración única y sagrada». Y sin duda acercó a los maristas a la gente de Cerdón.



«INSTRUMENTOS DE MISERICORDIA»

El deseo de María expresado en la inspiración original y que ahora se ha convertido en el enfoque y la práctica que los maristas tratan de imitar. El P. Colín insistió en ello al hablar de su propio ministerio y del de los primeros maristas en la región de Bugey. Por ejemplo, dijo a algunos hermanos que se aseguraran de pasar más tiempo con los pecadores que con las personas que vivían bien, y que nunca negaran la absolución a nadie en el confesionario.

«YO FUI EL SOSTÉN DE LA IGLESIA PRIMITIVA AL INICIO, Y LO SERÉ DE NUEVO AL FINAL DE LOS TIEMPOS. MIS BRAZOS SE ABRIRÁN A TODOS LOS QUE DESEEN VENIR A MÍ»

(la Iglesia naciente, la Iglesia a punto de nacer, en proceso de formación, cf. Hch 1,14 y 4,32)

Palabras escuchadas interiormente por JC Courveille, quien recibió la inspiración original. Palabras repetidas a menudo y meditadas en oración por JCC y sus compañeros en el seminario. Palabras que siguieron inspirando a JCC en Cerdón... María, presente con humildad y fuerza en el centro de la Sociedad de María, su presencia como la de Dios mismo, oculta y desconocida en los corazones y las vidas de los maristas. Un apostolado discreto y compasivo, abierto a todos sin excepción y dirigido especialmente a los más necesitados.

Tal era la convicción que llenaba el corazón y la mente de nuestro fundador en Cerdón (y a pesar de cierta reticencia a ser visto como líder en esta etapa), por la cual se sintió impulsado a hacer realidad el proyecto marista, firmemente convencido de que las inspiraciones originales procedían de Dios, de que la Sociedad de María era verdaderamente de Dios, de que María está activamente presente en la Sociedad de María y en la Iglesia, de diversas maneras, pero de una manera especial, no exclusiva, pero sin embargo especial, a través de los maristas, aquellos elegidos para llevar su nombre, respirar de su espíritu y tratar fielmente de vivir como ella lo hizo. Nuestro fundador vivió una vida espiritual profunda y rica durante lo que él llamó esos primeros «seis años de extrema dulzura», convencido de que estaba haciendo lo que Dios quería.

Podemos decir, por tanto, que Cerdón nos anima como maristas, ya seamos laicos o religiosos, a seguir reflexionando e interiorizando nuestros temas maristas. Significa dejarnos cautivar, como lo fue Colín, por una cierta idea de María en el mundo y dejarnos transformar progresivamente por ella, comprometidos con este estilo único de vivir el Evangelio y llevar el espíritu de María a la Iglesia y a las personas que nos rodean.

PREGUNTAS

- Al igual que Juan Claudio Colín, ¿cuándo he reconocido la necesidad de cambiar mi propio enfoque — en el ministerio, el trabajo o las relaciones?
- ¿Qué me ayuda a mantenerme abierto a las invitaciones de Dios cuando las cosas no parecen salir como esperaba?
- ¿Quiénes son los «Pedros» y las «Juana-Marías» de mi vida — las personas que, en silencio, me animan, me desafían o me apoyan en mi camino de fe?
- ¿Cómo puedo, a mi vez, ser ese tipo de presencia para otra persona?
- ¿Qué «proyecto marista» o llamada ha puesto Dios en mi corazón — algo que me atrae, aunque aún no sepa cómo se desarrollará?
- ¿Qué me sostiene cuando el progreso parece lento o cuando los demás pierden el interés?
- ¿En qué momentos de mi vida he notado cómo Dios me sorprende — abriéndome puertas que no esperaba o cambiándome de formas que no había planeado?
- ¿Cómo podría hacer más espacio para dejarme sorprender por Dios en los días venideros?
- «¿Qué parte de la historia de Colín te llega más personalmente?»
- «¿Con qué momento de su trayectoria te identificas más: la lucha, el apoyo o el sentido de propósito?»
- «¿Cómo podríamos, como grupo o comunidad, encarnar este mismo espíritu de discernimiento y apertura?»





REFLEXIÓN Y DEBATE

***Un momento para escuchar en silencio,
compartir y dejarnos sorprender por Dios.
El discernimiento no consiste en forzar los resultados,
sino en permitir que la voluntad de Dios tome forma en nosotros.
Tómate un momento de silencio... respira... y colócate en la presencia de Dios.***

1. APERTURA Y CRECIMIENTO

Juan Claudio Colín se dio cuenta de que su forma de predicar no llegaba al corazón de las personas. Dejó que esa revelación lo transformara.

- ¿Cuándo he reconocido la necesidad de cambiar mi enfoque o mi actitud?
- ¿Qué me ayuda a mantenerme abierto cuando Dios me invita a crecer de formas inesperadas?

2. COMPAÑERISMO Y APOYO

Colín se vio sostenido por quienes le rodeaban —su hermano Pedro y Juana-María Chavoin—, quienes creían en él y alentaban su visión.

- ¿Quiénes son las personas que, en silencio, me apoyan o me desafían en mi camino?
- ¿Cómo podría ser una fuente de ánimo para otra persona esta semana?

3. PERSEVERANCIA Y VISIÓN

Colín perseveró con paciencia y oración incluso cuando otros perdieron el interés o se opusieron a sus ideas.

- ¿Qué sueño, esperanza o «proyecto marista» ha puesto Dios en mi corazón?
- ¿Qué me ayuda a mantenerme fiel cuando el progreso es lento o incierto?

4. DEJARSE SORPRENDER POR DIOS

El camino de Colín en Cerdón nos recuerda que la obra de Dios a menudo se desarrolla de manera silenciosa y oculta.

- ¿Cuándo me ha sorprendido Dios —a través de personas, acontecimientos o cambios internos?
- ¿Cómo puedo hacer más espacio para esas sorpresas en mi vida cotidiana?



BELLEY

Viernes 14 de noviembre 2025



«La cuna de la sociedad»

La ciudad de Belley fue sede de la diócesis de Belley, restablecida como diócesis en 1823. En 1832 su población era de 4.286 habitantes. Hoy en día su población ronda los 9.300 habitantes.

LAS MISIONES

Los padres fueron llamados a formar parte del proyecto de monseñor Devie de constituir un grupo misionero diocesano. Las primeras misiones (La Balme e Izenave) se predicaron desde Cerdón. Las demás misiones se llevaron a cabo desde Belley. Ellos (Pierre y Juan-Claudio Colin, Étienne Déclas, Étienne Jallon) llegaron a Belley en junio de 1825. Se alojaron en el seminario menor, donde ya se les conocía como los «maristas». Los cuatro maristas se alojaban en habitaciones de la última planta. Apenas eran tolerados por el personal del seminario (OMII, doc. 465).

Las **Hermanas Maristas** llegaron a Belley el 28 de junio de 1825 y se instalaron en Bon Repos.

Desde allí, los maristas continuaron predicando misiones en el **Bugey** durante los cuatro años siguientes. Las primeras misiones (La Balme e Izenave) se predicaron desde Cerdón. El resto de las misiones se llevaron a cabo desde Belley. En 1825: Lacoux, Chaley, Chatillon de Comeille. En 1826: St Jérôme, Vieux d'Izenave, Aranc, Innimont, St Germain. En 1827: Contrevoz, Ordonnaz, Tenay. En 1829: Ruffieu (última misión predicada por Colin)

El objetivo de las misiones posrevolucionarias era reavivar la fe entre el pueblo, traer a la gente de vuelta a la iglesia o regularizar los matrimonios contraídos sin la bendición de la Iglesia. Pero en muchos casos la misión tenía otro objetivo: confirmar entre el pueblo la idea de la Restauración: unir el trono y el altar en todo el país. El enfoque marista de las misiones era diferente en cuanto a su énfasis.



La misión solía durar entre tres y cuatro semanas; lo primero que hacían los misioneros era visitar la iglesia; luego visitaban al párroco y, a continuación, escuchaban las confesiones de los niños. La primera instrucción a la gente era una invitación amistosa a acudir a la misión. Los sermones de la primera semana versaban sobre la misericordia de Dios y otros temas pensados para ganarse la confianza de la gente. Más tarde, predicaban sobre los mandamientos y, cuando la mayoría de las confesiones habían terminado, predicaban sobre el pecado. Era la bondad del sacerdote, afirmaba Colín, y no el miedo que infundía en la gente, lo que los llevaba a Cristo. Colín insistía en que los misioneros no pronunciaran sermones encendidos contra quienes incumplían sus obligaciones, ni reproches públicos a quienes no acudían a la misión. El lema de los misioneros era: «*Debemos ganar almas sometiéndonos a ellas*».

Los consejos de Colín a los misioneros se derivaban de su experiencia en las misiones: «*Señores, mostrad gran benevolencia hacia los pecadores que acuden a vosotros al confesionario. No los rechacéis, no os mostréis sorprendidos por sus crímenes, por grandes que sean; sería una gran imprudencia y muy perjudicial para las almas. Recordad más bien que ocupáis el lugar de Jesucristo, y que nuestro Señor Jesucristo conocía las profundidades del corazón humano y acogía a todos los pecadores con dulzura*». (Mayet 6 683f, Keel, doc. 492)



Scan me

CCCCC
**DESCARGAR
LA PRESENTATION**
de Hna. Teri O'Brien sm
desde Belley:
<https://bit.ly/colin-belley>



EL COLEGIO/SEMINARIO MENOR

En 1829, Mons. Devie nombró a Juan-Claudio Colín superior del Colegio. Juan-Claudio Colín descubrió otro aspecto de la misión: la educación de los jóvenes. Apreciaba el valor de la educación en la misión de la Sociedad. Mientras enseñaba en el Colegio de Belley, redactó el documento «Consejos a los profesores del Colegio de Belley». Colín eligió a María como modelo y superiora para el colegio. La estatua que preside el patio data de este periodo (1833).

LA CAPUCINIÈRE

La Capucinière fue cedida a los maristas en 1832. Fue la primera casa de la que los maristas fueron propietarios. Por esta razón, y porque durante muchos años fue una casa de formación para los maristas, el padre Colín la consideraba «la cuna de la sociedad». La bula «Omnium Gentium» concedía a los maristas el derecho a elegir un superior general y a pronunciar votos. Fue en la capilla de La Capucinière donde, el 24 de septiembre de 1836, día de la fiesta de Nuestra Señora de la Misericordia, el padre Colín fue elegido superior general y tuvieron lugar las primeras profesiones maristas.

INTENCIÓN DE ORACIÓN

Por los obispos de las iglesias locales en las que trabajan los maristas, y por los provinciales y superiores de distrito que buscan formas de apoyar a la iglesia local siendo fieles al carácter internacional de la vocación marista.



LA NEYLIÈRE

Sábado 15 de noviembre 2025



«No deseo nada tanto como terminar mis días a los pies de sus santos altares» (CS 4, doc. 556, p. 3).

La Neylière fue adquirida en 1850 por el padre Colín cuando era aún superior general. El dinero (48 000 francos) procedía del padre J. F. Viennot, antiguo abogado, y el fundador deseaba que esta casa sirviera de lugar de retiro eucarístico para los miembros de la Sociedad. Los miembros de la Sociedad no se mostraron favorables a esta idea, por lo que no se llevó a cabo. El padre Colín llegó a La Neylière en 1854 tras su dimisión.

Pero el padre Colín era un gran viajero, siempre en movimiento en busca de un nuevo lugar donde establecerse. El breve texto que figura sobre la tumba original en La Neylière: **«Aquí descansa el cuerpo del venerable Jean Claude Colin, que vivió en esta casa durante 21 años»**, no es exacto. De hecho, entre 1854 y 1875, el padre Colín pasó la mayor parte de cada año en La Neylière. Pero habría que hacer gala de una gran y piadosa imaginación para pensar que pasó 21 años consecutivos de retiro solitario.

Aparte de esas diversas ausencias, el padre Colín vivió aquí hasta su muerte en 1875. Una de sus tareas consistió en terminar la redacción de la regla, lo que planteó algunos problemas.

Durante más de 50 años, La Neylière fue el noviciado de los padres y hermanos maristas, donde varios cientos de ellos pronunciaron sus votos. Los padres y hermanos maristas de todo el mundo consideran La Neylière como la casa del padre Colin, el lugar donde se encuentra su tumba y donde se conserva su mensaje espiritual: una casa acogedora, donde reinan la fe, la oración y el servicio a los demás «a la manera de María». Hoy en día es una casa de retiros y encuentros espirituales. Es interesante señalar que el Cura de Ars tenía la intención de retirarse aquí. A lo largo de su vida había hecho numerosas referencias al padre Colín y a la Sociedad de María



El Museo de Oceanía recuerda el extraordinario interés y la ternura maternal que el padre Colin sentía por la región y por los hombres que envió a Oceanía. Durante su mandato como general, el padre Colin envió a casi una cuarta parte de sus hombres — a menudo los mejores con los que contaba — a la misión de Oceanía. El profundo afecto que el Fundador sentía por estos hombres se manifestaba en los momentos tan emotivos en que llegaban a partir. Llegó un punto en el que hubo que tomar medidas para protegerlo de esas despedidas definitivas que le partían el corazón. Las cartas que recibía de los misioneros le impresionaban tanto que no podía contener las lágrimas y los sollozos al leerlas.

El padre Colín había llamado a Cerdón su Belén y a Belley su Nazaret. Pero ninguno de esos dos lugares le parecía comparable a la soledad que le gustaba encontrar en La Neylière. Era su lugar de contemplación y reflexión. Llevaba mucho tiempo soñando con que se creara ese lugar. Ya en 1842 se lo había comentado a sus hermanos. Quería un lugar donde los padres y los hermanos pudieran venir a descansar, recargar energías y prepararse para la próxima batalla del apostolado. Sugirió que los superiores también pudieran enviar allí a los miembros de sus comunidades expuestos a peligros. Todos los que acudieran a ese lugar podrían encontrar allí paz, fuerza y ánimo para su futuro.

INTENCIÓN DE ORACIÓN

Por todos aquellos que se encuentran en formación, ya sea inicial o permanente. Que aprendan de su fundador un camino contemplativo para prepararse para la Obra de María.





EL PADRE COLÍN Y LA FUNDACIÓN DE LA NEYLIÈRE

El 16 de julio de 1850, el P. Juan-Claudio Colín firmó un documento de compra de una casa de campo, La Neylière, en los Monts du Lyonnais. Su intención era utilizarla como casa de contemplación de la Sociedad de María. Se quitó una medalla milagrosa que llevaba puesta y la colocó en la casa «para tomar posesión de ella en nombre de la Virgen María, Superiora de la Sociedad, en cuyo nombre la había comprado». De ahí el nombre tradicional de la casa, Notre Dame de La Neylière. A pesar de sus múltiples obligaciones como superior general, prestó mucha atención a la casa, llegando incluso a implicarse personalmente mientras los hermanos se dedicaban a transformarla de residencia de un terrateniente a casa religiosa.



LA VIDA EN LA NEYLIÈRE

Cuatro años más tarde, en 1854, se retiró como superior general. El P. Colín pasaría la mayor parte del resto de su vida en esta casa de oración que visitamos hoy. La contemplación ocupaba gran parte de su tiempo. Leemos que solía levantarse a las 3 en punto y rezaba hasta la hora de la misa, a las 6.30. Pero también era un hombre de acción. Fue aquí donde escribió las Constituciones de la Sociedad de María. Desde aquí realizó muchos viajes al servicio de la Sociedad bajo su sucesor como superior general, Julien Favre.

Cuando leáis la biografía a la que nos referiremos más adelante en esta charla, veréis la heroicidad de la santidad —paciencia, humildad y abnegación— que supuso la redacción de las Constituciones. Las Constituciones de una congregación religiosa como la marista son el documento fundacional, la carta constitutiva, por así decirlo. También se lee en la biografía cómo Colín sacrificó un proyecto muy querido de adoración eucarística centrado en esta casa. Durante cuatro años, esta fue quizás su ambición o sueño más consolador. Un año después de su jubilación, su sucesor como superior general, Julien Favre, se pronunció en contra. Con humildad, el P. Colín obedeció. Dijo en sus Constituciones que la obediencia es el eje sobre el que gira la Sociedad de María. Practicó lo que predicaba.

EL CARÁCTER Y LA VIDA COTIDIANA DE COLÍN

En un plano más mundano, la biografía traza el retrato de una persona compleja. A veces solitario, pero también enérgico e intenso. Leía con asiduidad y, cuando le legaron una biblioteca personal, la hizo trasladar aquí. Todos los días de su vida leía un capítulo de la Biblia. Al final de su vida, cuando estaba prácticamente ciego, hacía que se lo leyeran. Le encantaba respirar el aire puro y rural de La Neylière. Esto debió de ser un alivio respecto al aire que a veces tenía que respirar en sus visitas a Lyon. Los periódicos de la época recogen quejas sobre el «humo negro» de la ciudad y la contaminación procedente de la industria de la seda y del carbón, que podía impedir a las amas de casa tender las sábanas blancas al aire libre. Leemos que solía pasear por la finca de La Neylière. Alimentaba juguetonamente a algunos de los animales de la granja, aunque, para diversión de Colín, esto irritara al hermano encargado de los animales. El Fundador era un hombre de campo, no un habitante de la ciudad o de un pueblo. Le encantaba estar en La Neylière. Pero no quería quedarse encerrado en su refugio rural. En una ocasión, se apresuró a salir de La Neylière, ya que no quería quedarse aislado allí por la fuerte nevada que se había pronosticado. Por lo general, se recluía aquí, en los Monts du Lyonnais, pero mantenía un contacto frecuente con el mundo exterior a través de una extensa correspondencia.

LA ENFERMEDAD Y LOS ÚLTIMOS AÑOS

Otra característica de su vida aquí es la mala salud. Sufrió graves problemas respiratorios y digestivos. A veces se abstenía de celebrar la misa, temeroso de tener que interrumpir la celebración. Una y otra vez se veía postrado por graves síntomas de resfriado o gripe, a veces malaria. La contrajo en sus viajes a Roma. Puede reavivarse cuando una persona está agotada. Con el paso de los años, se volvió muy débil. La mano firme que escribía «Colin Sup» cuando era superior general se volvió tan débil que apenas podía sostener una pluma. Al final, sus intentos por escribir su nombre son casi ilegibles. Los cohermanos se reunieron a su alrededor mientras vivía sus últimos días. El lunes 15 de noviembre de 1875, a las 7.45 de la mañana, falleció el P. Colín. Habían pasado 25 años desde que firmó la escritura de compra de la casa.

La siguiente sección de esta charla, que comienza ahora, es, si me lo permiten, un plagio descarado. Está tomada de una carta circular de Julien Favre, sucesor del P. Colín, escrita un año después de la muerte del Fundador.

CARTA CIRCULAR DEL P. JULIEN FAVRE (1876)

Carta circular del Muy Reverendo P. Favre, Superior General de la Sociedad de María, a todos los religiosos de dicha Sociedad, con motivo del aniversario de la muerte de nuestro Muy Reverendo P. Fundador. 5 de noviembre de 1876. Julien Favre. Carta circular n.º 58.

(1) *Hace ya un año de la triste pérdida de nuestro venerable fundador. ... Con sincero agradecimiento recordamos al hombre a quien, después de Dios y de María, debemos el beneficio incalculable de nuestra vocación religiosa. En particular, lo recordaremos ante el altar. Aunque tengamos todas las razones para pensar que él no necesita nuestras oraciones, ofreceremos el sacrificio de la misa por él ...*

(2) *Sin embargo, estas oraciones son solo una pequeña parte de nuestros deberes para con nuestro amado padre. Él contempla a su amada Sociedad desde su morada en la bienaventuranza eterna, con la mirada fija en nosotros mientras nos exhorta a seguir sus pasos, a imitar su ejemplo y a aprovechar sus enseñanzas. Nos muestra sus Constituciones, que le costaron tantas noches en vela, tantas oraciones y tanto trabajo, y que cuentan con la aprobación del Vicario de Jesucristo. ...*

(3) *Queridos hermanos, estas Constituciones son el código de nuestra vida religiosa. ¡Qué hermosas son y qué llenas de sabiduría! ... Me gustaría centrarme en la idea clave de nuestro fundador, el principio que da a su obra su carácter distintivo y que sus hijos nunca deben perder de vista. No tengo ningún temor de equivocarme, porque el propio P. Colín dijo a menudo de qué se trata: amar y practicar la vida oculta bajo los auspicios de María, imitando a ella, que es nuestra madre y modelo. Este es el camino que él mismo recorrió siempre, el espíritu en el que buscó iniciarnos y en el que quiso formarnos, para poder hacer de nosotros verdaderos maristas: Ignoti et quasi occulti in hoc mundo esse videantur.*

¿Significa eso que debemos retirarnos del mundo para practicar la contemplación solitaria? Esa nunca fue la idea de nuestro fundador. Más bien quiere que los miembros de la Sociedad estén dispuestos a emprender todo tipo de ministerios en el mundo para la gloria de Dios y la salvación de las almas, siempre que, al dedicarse a estas actividades, actúen con tal abnegación, tal olvido de sí mismos y con tal humildad y modestia que, al hacer el bien, pasen desapercibidos: Ignoti et quasi occulti in hoc mundo videantur.

(4) *Queridos hermanos, ahí tienen el espíritu de nuestra Sociedad, es lo contrario del espíritu del mundo. El capítulo sobre De Societatis spiritu siempre me ha parecido el número más importante y más admirable de las Constituciones. ... Todo lo demás en las Constituciones emana de esto y conduce de nuevo a ello. Leed y releed este hermoso capítulo. Estoy convencido de que, cuanto más lo leáis, más os sorprenderá el tesoro de perfección que contiene. El marista que lo medite con atención, dejando que penetre en lo más profundo de su ser, y que permita que transforme su comportamiento, se convertirá rápidamente en un santo. ...*

(5) *Queridos hermanos, la herencia inestimable que hemos recibido de nuestro venerable fundador, su regalo por excelencia, son, por supuesto, las Constituciones... Otra herencia preciosa que nos dejó son sus restos mortales, que ahora descansan en su última morada en Notre Dame de Neylière. Es comprensible que todos en nuestra familia religiosa quieran saber qué hemos estado haciendo para honrarlos. Al día siguiente de su muerte, con todo el respeto que los hijos deben a su padre, depositamos solemnemente su cuerpo en un ataúd doble, uno de roble y otro de plomo. El ataúd permaneció abierto hasta el funeral, con el P. Colín velado con sus vestiduras sacerdotales, para dar a los hermanos aquí presentes, en la Neylière, y a los que vinieron de las casas vecinas, el consuelo de contemplar por última vez un rostro que la muerte no había desfigurado, sino que irradiaba una profunda calma, dulzura y paz. ... El sábado 27 de noviembre, los restos de nuestro querido difunto fueron finalmente enterrados en este recinto donde le gustaba respirar el aire puro del campo tras sus horas de oración y trabajo. ...*

(6) *En mi carta del 17 de noviembre de 1875, te escribí:*

«La casa de La Neylière siempre será querida por todos los maristas porque, durante su vida, fue la residencia preferida de su fundador, y porque confió a este lugar el precioso tesoro de sus restos mortales». Por todas estas razones, la Sociedad de María siempre considerará un deber conservar esta casa y darle el mejor uso posible. ...



...También quisiéramos honrar su memoria con una biografía que lo presente como un modelo a imitar por sus hijos. ... No debemos olvidar que se trata de una tarea muy importante y difícil, para la cual es absolutamente necesario disponer de un buen período de tiempo. Para escribir adecuadamente la vida del fundador, hay que reunir los materiales necesarios. Luego viene un trabajo paciente y en profundidad: seleccionar los materiales, evaluar su importancia, ver cómo encajan entre sí. Después, todo debe moldearse en un único producto final, un todo armonioso elaborado de tal manera que resulte instructivo y edificante, al tiempo que capta la atención del lector. Para dominar su tema y tratarlo adecuadamente, el escritor debe, ante todo, dejarse impregnar por el espíritu del fundador; debe estudiar las corrientes principales de la vida del fundador y la misión que recibió de lo alto. Es desde estas alturas luminosas desde donde arrojará luz sobre la masa de hechos históricos y detalles biográficos, dando vida y coherencia a la narración. Sin ello, la obra sería superficial, irrelevante, efímera. No nos precipitamos. Rezamos y esperamos el momento providencial. Cuando llegue el momento oportuno, Dios nos dará a alguien capaz de escribir un relato digno de la vida de nuestro padre, para la edificación de la Sociedad que él fundó.

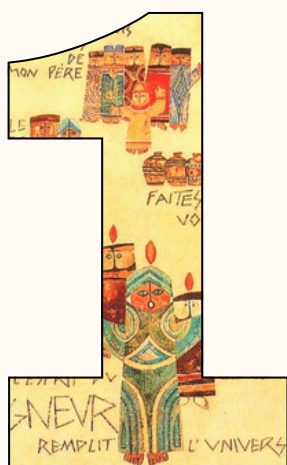
LA MISIÓN DE LA NEYLIÈRE HOY

«No tenemos prisa», decía en su carta, refiriéndose al libro que quería publicar. La Sociedad, desde luego, no se precipitó. En la segunda mitad del siglo XX se llevó a cabo una exhaustiva investigación histórica. Contribuyeron numerosos estudiosos, especialmente el P. Jean Coste. El «momento providencial» al que se refiere Favre llegó finalmente 140 años después cuando, en 2018, el marista neozelandés Justin Taylor, un consumado historiador, publicó la biografía definitiva: *Jean-Claude Colín: Reluctant Founder* (2018).

Oímos decir al P. Favre: la Sociedad de María siempre considerará un deber conservar esta casa y darle el mejor uso posible. ... Entonces, ¿cómo le damos el mejor uso posible hoy y cómo lo haremos en el futuro?

La Provincia de Europa de la Sociedad ha expresado la misión de La Neylière en términos de tres objetivos.

EN PRIMER LUGAR, FACILITAR EL ACCESO AL PATRIMONIO MARISTA HOY EN DÍA COMO COMUNIDAD Y TRADICIÓN VIVAS.



Una comunidad marista vive en la casa de La Neylière y, junto con dos maristas laicos, grupos de voluntarios comprometidos y un pequeño número de empleados, garantiza un ritmo regular de eucaristía y oración diaria. Las actividades incluyen peregrinaciones, retiros y períodos de renovación para maristas de todo el mundo.

TEI Espacio Colín y el Museo de Oceanía permiten acceder al patrimonio histórico de la familia marista de una manera viva y original. La pequeña habitación donde vivió el P. Colín es especialmente conmovedora.

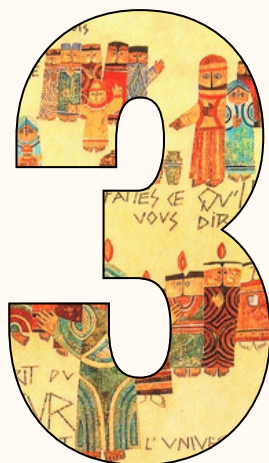
Los períodos de renovación para maristas de América, Europa, África, Oceanía y Asia son un aspecto importante de la misión de La Neylière. Los maristas pasan aquí períodos de seis meses en la casa del P. Colín. Para muchos hermanos, visitar la tumba del Fundador, entrar en la habitación donde vivió, respirar el aire que él respiró, por así decirlo, puede ayudarles a revivir su vocación de una manera nueva.

El grupo de laicos maristas que trabajan en la educación, *Maristes en éducation*, organiza un encuentro anual para sus miembros. En comparación con muchas casas de retiro o centros de conferencias más grandes, La Neylière tiene un aforo limitado. Aunque eso signifique que no todos puedan asistir cada año, eligen La Neylière. ¿Por qué? Este lugar tiene *un je ne sais quoi* que tiene que ver con el espíritu marista.



EN SEGUNDO LUGAR, PARA OFRECER OPORTUNIDADES DE ENCUENTRO, FORMACIÓN Y ESPIRITUALIDAD.

Estas oportunidades son variadas: diferentes tipos de retiros, sesiones de reflexión, grupos de oración. Los jóvenes, especialmente los de la red de colegios maristas de Francia, Irlanda y Alemania, son particularmente bienvenidos. La convivencia y el compartir las comidas son importantes en la vida de La Neylière. Grupos de meditación, conjuntos musicales, exposiciones de pintura, un grupo de astrónomos que aprovechan la ausencia de contaminación lumínica de La Neylière, todo ello forma parte del conjunto. Desde La Neylière, el P. Colín miró hacia el exterior. Hoy, La Neylière intenta abrirse a un mundo espiritual y cultural más amplio. Muchas personas dicen que experimentan algo único en la casa que el P. Colín compró en 1850. Antes de irse, les invito a echar un vistazo al libro que hay a la entrada de La Neylière, donde los visitantes anotan sus impresiones al marcharse.



EN TERCER LUGAR, LA NEYLIÈRE BUSCA SERVIR A LA COMUNIDAD LOCAL EN GENERAL.

Una vez más, el alcance es amplio. Los padres maristas celebran misa en las parroquias de los alrededores y acogen reuniones de sacerdotes diocesanos locales. Las familias, los coros y otros grupos locales aprovechan el espacio y los servicios de La Neylière. A otros les atrae su merecida reputación de buena comida. Cuando residía allí, Juan-Claudio Colín acogía a los maristas en La Neylière para renovarse, respirar el aire fresco de los Monts du Lyonnais y disfrutar de unas buenas vacaciones. Por lo tanto, probablemente no lo desaprobaba.

¿Y QUÉ HAY DEL FUTURO?

La larga historia de La Neylière ha sido una historia de continuidad y cambio. Sigue siendo un lugar de oración donde el fundador vivió, murió y fue enterrado, pero ha experimentado muchos cambios. Durante largos periodos, sirvió como noviciado — el año espiritual en el que los jóvenes se preparan para ingresar en la Sociedad de María. Ha sido y sigue siendo un lugar de renovación y retiro. Cuando el P. Colín aún residía allí, era un lugar al que los maristas acudían para pasar las vacaciones y reponer fuerzas. Eso también continúa, pero en circunstancias diferentes.

Podemos suponer que el futuro también será de continuidad y cambio. La casa, la tumba, las Constituciones que escribió en esta casa (y el famoso artículo Sobre el espíritu de la Sociedad del que hablaba Julien Favre en su carta circular) permanecerán. El libro que pedía el P. Favre finalmente se ha escrito (aunque por ahora solo está en inglés). Podemos suponer que, dentro de ciento cincuenta años, cuando se celebre el 300 aniversario de la muerte de Juan-Claudio Colín, La Neylière seguirá siendo reconociblemente el mismo lugar, aunque inimaginablemente diferente.





... P. Juan-Claudio Colin

fundador de la Sociedad de María
(7 de agosto de 1790 – 15 de noviembre de 1875)

El 15 de noviembre de 2025 celebramos el 150.º aniversario de la muerte del padre Colin. Su sueño era **vivir el Evangelio a la manera de María**.
¡Su visión sigue inspirando a personas de todo el mundo!
Para más información: www.jeanclaudecolin.org



► Índice

St Bonnet Le Troncy, Barbary.....	2
Fourvière.....	7
Cerdon.....	15
Belley.....	22
La Neylière.....	24



www.maristfathers.net
www.maristeurope.eu



communications@maristeurope.eu



www.instagram.com/maristeurope
[#maristfathersvocations](https://www.instagram.com/maristfathersvocations)



www.facebook.com/maristeurope



[@societyofmaryeurope](https://www.youtube.com/@societyofmaryeurope)

